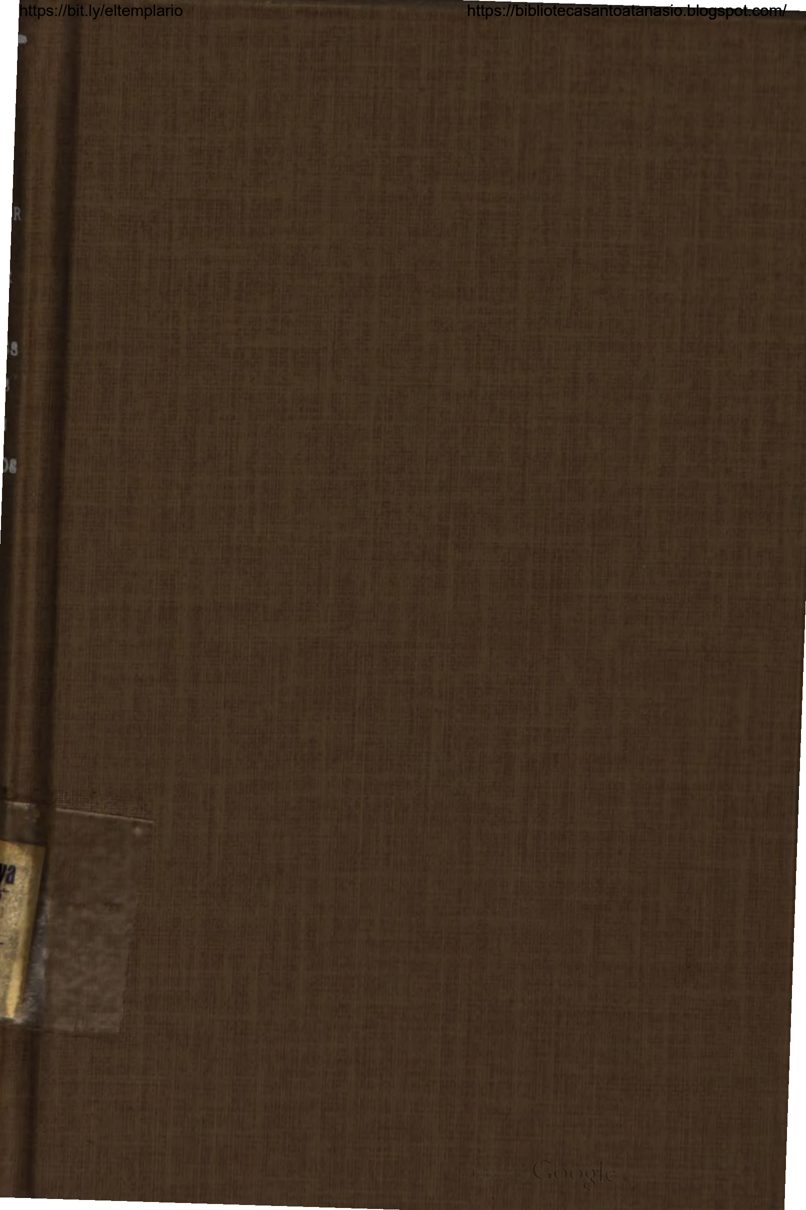



Digitized by Google

LAS TRES ROSAS DE LOS ESCOGIDOS,

POR

MONSEÑOR DE SEGUR.

Version española de la sexta edicion francesa.

CON LICENCIA ECLESIÁSTICA.



BARCELONA,
LIBRERÍA Y TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5.
1890.

LAS TRES ROSAS
DE LOS ESCOGIDOS.



LAS TRES ROSAS DE LOS ESCOGIDOS,

POR

MONSEÑOR DE SEGUR.

Version española de la sexta edicion francesa.

CON LICENCIA ECLESIÁSTICA.



BARCELONA.
LIBRERÍA Y TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5.
1890.



BREVE DE SU SANTIDAD LEON XIII.

Leon XIII, Papa.

Querido hijo, salud y bendicion apostólica.

No ignoras, amado hijo, que tus obsequios nos son siempre gratos y muy queridos; por lo cual no debes dudar que los recibimos con grande satisfaccion en las últimas fiestas de Navidad, con tanta más razon cuanto que esta vez los has embalsamado con el suave perfume de las rosas del cielo. Nada, ciertamente, podia ser más oportuno en presencia de la ignorancia, hoy tan general, tocante á las cosas espirituales, y á la indiferencia que reina en el mundo á este respecto.

Con manos llenas acostumbras tú difundir entre el pueblo esta especie de florecitas, cuyo perfume es tan apropiado al olfato de todos y de cada cual en particular, que á los unos despierta de su letargo, y aparta á los otros de la infeccion

del vicio para atraerlos á la práctica de las virtudes y al amor de la piedad.

Hoy, pues, que la fe, quebrantada por mil y mil artificios, es vacilante en muchos corazones; hoy que el error levanta impunemente la cabeza y envuelve á las almas en sus lazos y las hace caer en las más vergonzosas flaquezas, para lanzarlas finalmente á la desesperacion é inocularles el odio á Jesucristo y á la Iglesia, tú has tenido seguramente una inspiracion muy feliz al tratar de volver las inteligencias y los corazones hácia esta Cátedra de verdad, á quien fué confiada la guarda de la fe.

Es conveniente asimismo que los excites al amor de la bienaventurada Vírgen, porque si María es terrible como un ejército ordenado en batalla cuando se trata de exterminar la herejía bajo todas sus formas, Ella se nos presenta tambien como la más cariñosa y tierna de las madres con respecto á los pobres pecadores que recurren á su auxilio; Ella los levanta de nuevo con la esperanza del perdon, reconciliándolos con su Hijo; hace más: como Madre del Divino Amor, les recuerda la caridad infinita del Salvador y sus inefables beneficios, les arranca dulces lágrimas de penitencia, y no se limita á extinguir en sus corazones el odio impío que habian concebido contra su Divino Hijo y contra la Iglesia su Esposa, sino que lo transforma en ardiente amor.

Por todo esto, Nos deseamos á tu nuevo tra-

bajo abundantes frutos de salvacion, á la vez que te felicitamos del bien que ya han hecho tus opúsculos anteriores. Aplaudimos tu constante é infatigable actividad, así como el voto que haces para la plena y sólida formacion de los clérigos, voto que responde tambien al deseo que Nos mismo hemos manifestado tan francamente.

¡Concédate Dios lo que desea tu corazon, y que El oiga tus peticiones! Mientras tanto, como prenda de sus favores, recibe la bendicion apostólica que Nos, querido hijo, te damos con grande amor en testimonio de nuestra paternal y especial benevolencia.

Dado en Roma, cerca de San Pedro, el 3 de Febrero de 1879, en el primer año de nuestro Pontificado.

LEON XIII, PAPA.

AL LECTOR.

Aquí te ofrezco, benévolo y querido lector, un ramillete compuesto de tres lindas rosas. Su perfume viene del cielo, y se extiende con fuerza y suavidad maravillosa en el corazon de todos los verdaderos hijos de Dios. Es el perfume de la verdadera y sólida piedad cristiana; es el perfume de los escogidos.

La rosa es la reina de las flores. Su perfume es el más suave de todos, y su delicadeza no tiene igual. La rosa, dice San Francisco de Sales, representa el amor. Sus hojas tienen todas la forma de los corazones. Tales deben ser las acciones de los servidores de Jesucristo, esto es, que tengan tantos corazones como hojas, y tantas hojas como corazones, y éstos llenos de amor.

Hay rosas purpúreas de magnífico encarnado; las hay tambien blancas, cuyo delicado y transparente matiz es tan puro, tan perfectamente limpio como lo es el blanco color de la azucena.

Unas y otras representan el amor santo: las primeras simbolizan el ardor que llega hasta la efusion de sangre, hasta el martirio; las segundas significan la pureza perfecta.

Cuando se encuentran reunidas, mis tres rosas confunden, por decirlo así, su perfume; y el alma por él embalsamada está segura de que al presentarse delante de Nuestro Señor ha de encantar su corazon y ha de atraer sobre ella una mirada llena de misericordia y de ternura.

Caro lector, mi primera rosa es el amor al Papa, la devocion al Papa, Vicario de Jesucristo. El perfume que ella exhala es la fe, la fe ardiente y pura; es el espíritu de obediencia y de sumision á las enseñanzas divinas confiadas por Nuestro Señor á la guarda y celo de su Iglesia.

Mi segunda rosa, pura é inmaculada como la primera, es el amor á la Santísima Vírgen, la devocion á la Madre de Dios que nos dió al Salvador. Su perfume es la santa y dulce esperanza; es la esperanza con la inocencia y la pureza de la vida.

Mi tercera rosa es el amor al Santísimo Sacramento; es la devocion á la adorable Eucaristía que contiene y nos da acá en la tierra al mismo Jesús, á Jesús de quien el Papa es Vicario, á Jesús de quien es Madre la bienaventurada Vírgen María. El perfume de esta tercera rosa, que completa en el corazon de los escogidos el buen olor de Jesucristo, es el amor sobrenatural de Dios, es la santa caridad.

Tal es, amado lector, el precioso, el celestial ramillete que te ofrezco en estas pocas páginas. Un dia que San Agustin exponia á sus fieles de Hipona no recuerdo qué hermosa verdad, les decia: *Unde pascor, inde pasco:* Os doy de comer, hermanos mios, de lo mismo que yo como.» Esto quisiera yo tambien hacer contigo, piadoso lector; desearia hacerte amar, ó por lo menos hacerte amar más lo que yo trato de amar cada dia más: al Vicario de Dios, á la Madre de Dios, al Sacramento del amor de Dios.

Seré muy dichoso si, gracias á tu buena voluntad, lo consigo por completo.

EL AMOR AL PAPA.



LAS TRES ROSAS DE LOS ESCOGIDOS.

I.

EL AMOR AL PAPA.

Por qué deben amar todos los cristianos al Papa.

Porque es el Vicario, es decir, el Representante visible de Dios en la tierra.

Dios, en su infinito amor, quiso descender y aparecer visiblemente en medio de nosotros; por esto se hizo hombre. El Criador y soberano Señor de cuanto existe, se revistió de nuestra humanidad en medio de los tiempos; y desde entonces, verdadero Dios y verdadero hombre á la vez, tomó el nombre sagrado de Jesús. A esto llama la Iglesia «misterio de la Encarnacion.»

Jesucristo, después de rescatarnos muriendo por nosotros sobre una cruz, resucitó y subió á los cielos, en donde nos prepara á todos la dicha eterna de su paraíso, si durante nuestra vida le somos fieles y observamos sus mandamientos.

Pero así como Dios, invisible y eterno en sí mismo, quiso apareçer visiblemente á los hombres en la persona de su Hijo único, para estar más cerca de ellos y facilitarles la fe, la confianza y el amor que esperaba le profesaran; del mismo modo, para facilitar á todos los hijos de su Iglesia el conocimiento práctico de su Religion, quiso que ella les fuera enseñada y explicada por hombres de quienes pudieran oir la palabra y sentir la accion. Estos hombres son los obispos y los sacerdotes.

Y á fin de que los obispos y los sacerdotes no pudieran engañarse y extraviar á los hombres enseñándoles el error, El mismo nombró para cabeza suya un Jefe supremo y único, un gran sacerdote, un Pontífice soberano, á quien confirió el privilegio divino de la infabilidad doctrinal, revistiéndole con su autoridad soberana. Antes de abandonar la tierra le dejó encargado del cuidado de apacentar todo su rebaño, es decir, de conducir, enseñar y di–

rigir en nombre suyo y en lugar suyo la Iglesia toda, los obispos, sacerdotes y fieles.

Este Jefe supremo y único de la Iglesia, Doctor y Pastor de todos los obispos, de todos los sacerdotes y de todos los cristianos, es el Papa, sucesor del apóstol San Pedro y heredero de todos sus privilegios. El Papa es el depositario único de las grandes promesas hechas por Jesucristo á San Pedro, para bien y salvacion de todo el pueblo cristiano; de modo que, al reconocer en el Papa al Vicario y lugarteniente visible de Jesucristo en la tierra, al someternos humildemente á su autoridad, al venerar y amar sus enseñanzas y direcciones, podemos estar ciertos de andar por la via de salvacion, de conocer y practicar en toda su pureza la Religion de Nuestro Señor Jesucristo.

El Papa, en cierto modo, viene á ser para todos los fieles en general y para cada uno en particular como otro Jesucristo, sin el cual no podríamos conocer con certeza lo que más nos importa conocer acá abajo: la verdadera Religion, el verdadero camino de la salvacion, del servicio de Dios, y por consiguiente, de la dicha, primero en este mundo y después en el otro.

Que la autoridad del Papa no es otra que la autoridad de Jesucristo.

Hé ahí por qué debemos amar al Papa si somos verdaderamente cristianos. Es á Jesucristo á quien veneramos en la persona de su Vicario; y es á la misma autoridad de Jesucristo á la que nos sometemos cuando acatamos sincera y totalmente la autoridad de su Representante en la tierra.

Es Nuestro Señor Jesucristo quien nos lo dice en su Evangelio. Hé aquí los tres célebres pasajes, en los cuales establece á San Pedro Jefe de su Iglesia, Doctor infalible de sus hermanos y Pastor de todo su rebaño.

Y Yo te declaro, le dijo un dia (capítulo XVI del Evangelio de San Mateo), *que tú eres Pedro, y que sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y á tí te daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que atares sobre la tierra, será tambien atado en los cielos, y todo lo que desatares sobre la tierra, será tambien desatado en los cielos.*

En otra ocasion, pocos dias antes de su

Pasion, dijo al mismo Simon Pedro (capítulo XXII de San Lucas): *Simon, Simon, mira que Satanás va tras de vosotros para zarandearos como el trigo cuando se criba; mas Yo he rogado por tí á fin de que tu fe no perezca; y tú cuando te conviertas y arrepientas confirma en ella á tus hermanos.*

Otro dia, después de su Resurreccion, en el momento en que iba á subir á los cielos, el Salvador, rodeado de sus Apóstoles, se dirige por última vez á aquel que iba á ser Vicario y Jefe visible de su Iglesia, y le dijo (capítulo último del Evangelio de San Juan): *Apacienta mis corderos; apacienta mis ovejas.*

Estas son las propias palabras del Hijo de Dios. No há mucho tiempo me bastó mostrarlas, leerlas y explicarlas sencillamente á un jóven artista protestante, para abrirle los ojos y hacerle tocar con el dedo esta grande y fundamental verdad: Que la Iglesia católica, única que tiene al Papa por jefe espiritual, es la única verdadera Iglesia de Jesucristo. El digno jóven, abjurando sus errores, no vaciló y se hizo católico.

Véase en efecto:

Nuestro Señor, cuya palabra es soberana

y divina, declara formalmente á San Pedro que hace de él la piedra fundamental, la piedra única sobre la cual hará descansar todo el edificio viviente de su Iglesia, esto es, de la sociedad de sus verdaderos discípulos; así es que no tiene más que una Iglesia, puesto que no dice «mis Iglesias,» sino más bien mi Iglesia. ¿Y cuál es esta Iglesia, esta única Iglesia? Nos lo dice tambien: es la Iglesia que descansa sobre San Pedro, sobre la autoridad de San Pedro, sobre la enseñanza de San Pedro, sobre el gobierno espiritual de San Pedro siempre permanente en sus sucesores los obispos de Roma.

Y porque su Iglesia será por El fundada sobre San Pedro y que El, Hijo de Dios, enseñará, gobernará y conducirá siempre su Iglesia por San Pedro y con San Pedro, por eso «las puertas ó poderes del infierno» sean los que fueren y hagan lo que quisieren, en el siglo XIX como en el XX, como en los otros, no podrán jamás prevalecer contra Ella, triunfar de ella, destruírla. La fuerza de Pedro le viene de Jesucristo, y Jesucristo es el Hijo de Dios, es Dios hecho hombre.

Jesús da á su Vicario, á sólo él, «las llaves del reino de los cielos.» Acá en la tie-

rra el reino de los cielos es la Iglesia de Dios; en el cielo es el paraíso, á donde la Iglesia está encargada de conducirnos. En la antigüedad las llaves eran símbolo de la propiedad, ó por lo menos de la intendencia general de los palacios; y todavía en nuestros dias se ofrecen á los soberanos las llaves de las ciudades cuando hacen su entrada solemne.

Las llaves de la Iglesia dadas por Nuestro Señor á San Pedro, son el símbolo de la autoridad suprema confiada por el Hijo de Dios al Jefe de su Iglesia.

Hay dos llaves, la que abre y la que cierra, la que ata y la que desata. La llave que «ata» es el poder de mandar soberanamente, de enseñar, de definir, de juzgar sin apelacion: «*Todo* lo que atares sobre la tierra será atado en los cielos.» La llave que «desata» es el poder igualmente soberano de perdonar, de descargar las conciencias, de absolver y de bendecir. Ni el poder de atar ni el de desatar admiten límites ni restricciones: «*Todo* lo que desatares sobre la tierra será desatado en los cielos.» El Papa, ó por mejor decir, Jesucristo, por el Papa y con el Papa queda así constituído, hasta el fin del mundo, por Soberano espiritual de toda la tierra; *en lo*

que toca directa ó indirectamente á la gloria de Dios y á la salvacion de las almas, todo está sometido á su divina y suprema autoridad, todo sin excepcion: los pueblos, los príncipes, los gobiernos de todo género, las leyes, las constituciones é instituciones públicas, los imperios, los reinos, las repúblicas, todas las magistraturas de este mundo, las sociedades, las familias, los individuos; todo sin excepcion está sometido al Vicario de Dios, como á Dios mismo: y él está encargado de hacer reinar por todas partes á Nuestro Señor Jesucristo, de señalar y combatir en cualquier lugar lo que sea contrario á la ley de Dios; de hacer conocer y que florezca por doquiera, y á pesar de todo, lo que es santo y bueno, lo que es segun Dios y lo que conduce á las almas á la eterna felicidad. Cualquiera que se oponga ó resista á este ministerio divino del Vicario de Jesucristo se hace adversario de Jesucristo, enemigo de Dios y de los hombres.

El Papa está encargado de «apacentar las ovejas y los corderos» de Jesucristo sobre la tierra por todos los siglos. Está asimismo encargado de propagar y de conservar en todas partes la fe, es decir, el conocimiento del solo Dios verdadero, Je-

sucristo, y de hacerlo amar y servir por todos los hombres. «Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas.» Las «ovejas» de Jesucristo (en un sentido) son los obispos, sucesores de los Apóstoles; los corderos son en primer lugar los sacerdotes, hijos mayores y cooperadores de los obispos, y en seguida todos los fieles, todos los bautizados, comenzando por los príncipes de este mundo, y todos aquellos que, bajo cualquier título, son depositarios de la autoridad. El Papa, por derecho divino, es decir, por la voluntad directa de Dios, es el Pastor de todos y de cada uno: su Pastor, esto es, su guia en la senda de la santidad cristiana y de la salvacion eterna; es su Doctor supremo é infalible, el soberano director espiritual de todas las conciencias, el Juez supremo de todas las cuestiones que interesan á la verdad, al derecho, á la justicia, á la moral, al bien espiritual de los pueblos y de los particulares, en una palabra, de todo lo que interese aquí bajo á la salvacion de las almas.

Por el honor de su nombre y por la salvacion de su Iglesia, Jesucristo la asiste tan bien en todo lo concerniente á la enseñanza de la verdadera doctrina y al gobierno espiritual del mundo, que no puede

engañarse ni extraviar á los otros. Es el efecto divino de la poderosa oracion del Hijo de Dios cuando todavía estaba en este mundo: «El demonio, dice, va tras de vosotros para zarandearos;» pero «Yo he rogado por tí,» por tí especialmente, porque á tí solo confiaré el cuidado de toda mi Iglesia. ¿Y cuál es mi oracion? «Que tu fe no perezca;» tu fe como Jefe de la Iglesia, como Doctor soberano de todos los obispos, de todos los sacerdotes, de todos los cristianos, de todas las sociedades, de todos hombres. Confírmalos á todos en mi nombre, por mi autoridad infalible, y de la cual, por participacion, te viene á tí la tuya. Yo te confirmo en la infabilidad de la fe, «tú, á tu vez, confirma á tus hermanos.»

Tales son, amigo lector, los oráculos salidos de labios del mismo Dios. Tales son tambien las promesas que se dignó hacer por nuestro amor y por nuestra salvacion á aquel á quien constituía perpetuamente para Padre de todos los cristianos, para Jefe supremo de su Iglesia y para Pastor de todo su rebaño. ¿No tengo razon en decirte que la autoridad del Papa es la autoridad misma de Jesucristo?

Nó en cuanto á la persona; pero en cuanto á la autoridad, á la dignidad, el Papa es

Jesucristo continuando en medio de nosotros su divino ministerio de Padre y de Pastor de las almas, de Doctor, de Juez, de Consolador y de Amigo. Es á Jesucristo y no al hombre á quien hay que ver siempre en el Papa. A través del hombre, es menester remontarse hasta Jesucristo. ¿No debemos, pues, amar con un amor santo al Papa?

Un dia que yo andaba por la campiña de Roma hice algunas preguntas de catecismo á un pastorcito de trece ó catorce años que me servia de guia en medio de las maravillosas montañas del Latium. El muchacho estaba todo lleno de girones; tal vez no sabia leer ni escribir; pero lo que sí sabia y con una precision que me extasiaba, era todo lo que concernia á la Religion, es decir, lo único necesario al hombre acá en la tierra.

Después de varias preguntas á las cuales habia respondido muy bien el pequeño romano, tuve la idea de interrogarle sobre el Papa. «Dime, hijo mio, ¿qué es el Papa?» A esta palabra el jóven se detiene y se descubre, y mirándome con una especie de valentía y de religioso respeto, contesta: «El Papa es Jesucristo en la tierra.»

¡Oh qué hermosa respuesta! En su enér-

gica sencillez, ella resumia toda la doctrina sobre la autoridad suprema é infalible de Jesucristo. Sí, el Papa es Jesucristo en la tierra.

Cómo el Papa es la regla viviente de la verdadera fe.

La «regla de la fe» es la autoridad que enseña, y á la que hay obligacion de someterse si quiere uno saber, sin riesgo de engañarse, lo que es cierto y lo que es falso en materia de religion, lo que ha sido revelado por Dios y lo que no lo es.

La fe es la total sumision del espíritu y del juício á todas las verdades reveladas por Dios; y estas verdades se hallan consignadas primeramente en la Sagrada Escritura y después en la Tradicion de los Apóstoles, primeros predicadores de la religion cristiana. Todas las verdades reveladas no están, en efecto, explícitamente relatadas en la Sagrada Escritura; y las que allí leemos tienen tal necesidad de una explicacion, de una interpretacion viva que, desde hace mil novecientos años, los herejes no han hecho otra cosa que apoyar sus errores sobre textos mal entendidos.

Era, pues, muy natural que Nuestro Señor, en su amor por las almas y por la unidad de la fe, instituyera en medio de su Iglesia un Juez supremo, infalible, siempre viviente y presente, cuyo cargo principal fuera conservar intacto el depósito de las verdades reveladas á los hombres desde el principio del mundo. Este Juez, divinamente asistido por Dios para interpretar el verdadero pensamiento divino oculto bajo la corteza de la letra en la Sagrada Escritura, y para no dejar alterarse las verdades predicadas en el orígen del Cristianismo por los Apóstoles, es el Papa, Vicario de Aquel que es la Verdad y Jefe infalible de la Iglesia de Dios.

La consecuencia evidente de esta verdad, que es artículo de fe, es que por la autoridad divina é infalible de su enseñanza el Papa es la regla viva y suprema de la verdadera fe; ó de otra manera: que debemos arreglar nuestra creencia conforme á su enseñanza y no segun la de otro. El Papa, en efecto, sea que hable sólo *ex-cátedra,* sea que enseñe con el asentimiento de los obispos reunidos en Concilio, ha recibido de Dios la mision de decir al mundo, con autoridad infalible, lo que es cierto y lo que no lo es, lo que se ha de creer y lo que se ha de rechazar.

Es indudable que las palabras de la Sagrada Escritura y las enseñanzas de la Tradicion son verdades reveladas, y por consiguiente reglas *para* la fe; pero para que estas verdades reveladas sean de hecho *la* regla viva y definitiva de la verdadera fe, es preciso se hallen definidas por la autoridad de la Iglesia, y principalmente por su Jefe supremo, por su Doctor infalible, que es el Papa. A sólo él, cuando habla como Jefe supremo de la Iglesia, dió Jesucristo la mision y da continuamente la gracia de interpretar las palabras de la Santa Escritura en su verdadero sentido, y de transmitirnos en toda su pureza la verdad católica, ya sea escrita, ya tradicional. A sólo él, en la persona de Pedro, ha dicho: «Todo lo que atares sobre la tierra será atado en los cielos. Yo he rogado por tí, á fin de que tu fe no perezca. Y tú confirma en ella á tus hermanos. Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas.» Pertenece exclusivamente al Papa la dispensacion divinamente infalible de las verdades religiosas. Sólo El es la regla viva de la verdadera fe.

No quiere esto decir que en la Iglesia católica lo haga todo el Papa, sólo él. Es verdad que todo se hace bajo su alta presidencia y que todo procede de él, ó por

mejor decir, de Jesucristo, que por él y en él gobierna, enseña y dirige incesantemente su Iglesia. Pero del mismo modo que la cabeza rige y conduce todo el cuerpo, sin ser por eso todo el cuerpo; asimismo el Papa enseña y gobierna soberanamente la Iglesia, sin ser por eso todo en la Iglesia.

En el Estado todo se hace en nombre del Soberano, y todos los poderes secundarios proceden y dependen realmente del suyo. En este sentido él lo hace todo, lo gobierna todo. Mas no lo hace por sí mismo, sino por sus ministros, sus prefectos ó gobernadores, sus generales, sus magistrados, sus funcionarios de cualquier grado, hasta el alcalde de la más insignificante aldea, hasta el último de los sargentos y cabos, hasta el más humilde juez de paz; lo mismo pasa, en cierto sentido, respecto del gobierno de la Iglesia universal por el Papa.

El cargo de velar á la vez en conjunto y en particular á una sociedad que abraza el mundo entero seria tarea evidentemente imposible; y la sabiduría divina del Salvador lo previó dando al Papa, sucesor de San Pedro, auxiliares que son los Obispos, sucesores tambien de los Apóstoles. San Pedro no fué enviado solo para conquistar el

mundo á Jesucristo, sino que le acompañaron sus hermanos los Apóstoles, quienes con él y bajo su dependencia, enseñaban, bautizaban, fundaban las iglesias, evangelizaban los pueblos, salvaban por todas partes las almas.

Tal fué, es aún y será hasta el fin del mundo el ministerio de nuestros Obispos. Unidos al Papa como lo estaban los Apóstoles á San Pedro, reciben de él la enseñanza infalible de la fe y las grandes direcciones del gobierno espiritual de la fraccion del rebaño de Jesucristo que el Papa confia á sus cuidados.

Fuera de esto, ellos reunidos enseñan infaliblemente con el Papa, y juzgan con él y bajo su dependencia las cuestiones de doctrina. Son á la vez ovejas y pastores: ovejas, con referencia al Papa; pastores, con relacion á los fieles.

Y así, por ellos y con ellos, el Pastor y Doctor universal de todos los cristianos enseña, gobierna, evangeliza y salva las almas. En tanto que es Obispo como ellos, el Papa es su hermano y su igual; y en tanto que es Papa, esto es, Vicario de Jesucristo, es su Padre, su Pastor y el Obispo de los Obispos.

Esto no obstante, debe observarse que el

carácter de Juez y de Doctor de la fe pertenece en un grado secundario á los Obispos juntamente con el Papa, y que los Obispos católicos componen realmente con él la Iglesia que enseña y es infalible en sentido activo. Y esto por derecho divino, ó sea en virtud de divina institucion.

Además, para ayudar á los Obispos en su ministerio pastoral y estar más fácilmente al alcance de las almas, Nuestro Señor les ha dado auxiliares inferiores, como son los sacerdotes y los diáconos. Véseles aparecer al lado de los Apóstoles en el orígen mismo del Cristianismo.

Bajo la direccion del Obispo en cada diócesis, los sacerdotes predican la Religion, administran el Bautismo y los demás Sacramentos, celebran el Santo Sacrificio, dirigen el culto divino y las reuniones de los fieles, perdonan los pecados y hacen en la parroquia, en pequeño, lo que el Obispo hace en la diócesis, lo que el Papa hace en toda la Iglesia.

Los sacerdotes, con los simples fieles á quienes enseñan y dirigen en nombre de sus Obispos respectivos, componen la Iglesia enseñada, la cual tambien es infalible, pero sólo en sentido pasivo, es decir, en cuanto se adhiere á la Iglesia que enseña.

Tal es el órden establecido por Jesucristo, tal es la sencilla y poderosísima organizacion de su Santa Iglesia.

Por ahí comprenderás, caro lector, cómo el Papa lo hace todo en la Iglesia, lo gobierna y dirige todo; y cómo, sin embargo, no lo hace todo. Uno de tantos venerables sucesores de San Pedro, el Beato Papa Liberio, daba en cierta ocasion una magnífica y luminosa respuesta al emperador Constancio, quien, irritado de su valor apostólico en defender la fe, lo habia citado á la barra de su tribunal. Constancio se habia dejado seducir por los herejes arrianos, y protegia abiertamente á su partido contra los Obispos católicos. El Papa Liberio, poco inquieto de las cóleras imperiales, acababa de condenar y de deponer á cierto número de obispos arrianos favoritos del Príncipe. «¿Quién eres tú para obrar y hablar con tanta audacia? le preguntó Constancio luego lo vió; ¿eres, acaso, más que una parte de la Iglesia?—Sí, respondió el Santo Pontífice, pero soy la parte que constituye el todo; *pars tota.*»

Fieles de Jesucristo, nosotros recibirémos y recibirémos siempre, como su propia palabra, la palabra de su Vicario, porque el Papa es á través de los siglos y hasta el

fin de los tiempos, «la boca de Jesucristo,» como decia admirablemente San Juan Crisóstomo. La enseñanza del Papa es por derecho divino la enseñanza de la doctrina católica pura; es la regla viva é infalible de la verdadera fe.

¡Qué dicha la nuestra tener de esta suerte, para guiar nuestros pasos por en medio de las tinieblas de este mundo, el faro de la verdadera luz! ¡Qué beneficio, qué felicidad ser católico!

Por qué tantas gentes declaman contra el Papa, sin conocerlo siquiera.

¡Ah, es cosa bien fácil de comprender! Siendo como él es representante visible de Nuestro Señor Jesucristo en medio de los hombres, tienen que serle hostiles los que hacen befa del Sagrado Evangelio y de la santidad de la ley del Señor, y los que temen sus formidables juícios.

Los enemigos que tiene el Papa son los impíos, los herejes, los francmasones, sin contar con la inmensa multitud de malos cristianos, de libertinos á quienes ofusca la Religion, de lectores de periódicos revolucionarios de toda clase y de toda profesion.

Tiene tambien por adversarios más ó menos declarados, más ó menos temibles, todos los Gobiernos cuyas Constituciones, leyes y tendencias no son católicas, y por consiguiente en oposicion con el reino de Nuestro Señor Jesucristo sobre la tierra. Así es que, á medida que las libertades deletéreas producidas por la Revolucion se propagan en el mundo, así son cada dia más numerosas estas diversas categorías de adversarios del Hijo de Dios y de su Iglesia.

«El Papa y la Iglesia son una misma cosa,» decia con mucha razon San Francisco de Sales; pudiéndose tambien decir con no menos razon: la Iglesia y Jesucristo son una misma cosa. El Papa es la personificacion viviente, parlante y activa de la Iglesia; y la Iglesia es la personificacion visible de Jesucristo y de su reino en medio del mundo. ¿Cómo extrañarse de ver que los enemigos de Jesucristo atacan la Iglesia, ó que por lo menos la miran con mal ojo? ¿y á los enemigos de la Iglesia ser enemigos del Papa, levantarse contra el Papa y declamar contra el Papa, jefe, centro y fuerza de la Iglesia? Cuando se quiere matar á un hombre, la puntería se dirige principalmente á la cabeza: todos los ene-

migos de Jesucristo, con deseos de desembarazarse de la Iglesia, apuntan al Papa porque es el Jefe, el Pastor, el Doctor, el todo de ella, *pars tota,* como decia enérgicamente el Santo Papa Liberio.

La calumnia es el arma favorita de los enemigos de la Iglesia y del Papa; es su *chassepot,* su cañon rayado, su ametralladora; y lo que más contribuye á extender por todas partes los innumerables proyectiles del error, así en las pequeñas como en las grandes ciudades, son, ante todo, los malos periódicos, verdadera peste del mundo. Millares y millares de embusteros descarados repiten todos los dias sus falsedades, popularizándolas con la mofa y la caricatura; y la multitud de ignorantes, de bobalicones y de atolondrados acaba por creerlos y por mirar como verdades adquiridas, incontestables, las calumnias más groseras fabricadas *ad hoc* en las oficinas del periodismo; calumnias que en nada se apoyan, y que tienen sin embargo el poder horroroso de quebrantar insensiblemente la fe en las almas, y de extinguir á la larga en ellas el respeto por la autoridad sagrada del Soberano Pontífice, de los Obispos y del clero.

Para ayudar á la obra, viene á juntarse

á los periodistas anticatólicos esa muchedumbre, desgraciadamente tan numerosa, de maestros y de maestras sin religion, que cada vez invaden más nuestras escuelas primarias; y en los liceos, en los colegios é institutos de toda categoría, los profesores de historia, de ciencias, de literatura, que abusan de la autoridad de su palabra para inculcar mil preocupaciones anticatólicas en el espíritu de los pobres estudiantes; y á tal punto esto, que bien puede aplicarse hoy á la enseñanza en general la célebre palabra del Conde de Maistre: «Desde trescientos años acá, la historia es una vasta conspiracion contra la verdad.» Sí, de mucho tiempo á esta parte, pero especialmente desde hace un siglo, la enseñanza pública no es más que una vasta conspiracion contra la verdad, contra la fe y contra la Iglesia.

Y hé ahí por qué hay tantas gentes que advertida ó inadvertidamente claman contra la Iglesia y contra el Papa.

Que no puede uno ser verdaderamente cristiano si no ama al Papa.

No se trata aquí de un amor natural, de un amor de pura sensibilidad. Se trata de este amor de fe mucho más elevado y poderoso con que amamos á Dios y su santa voluntad. Es con ese amor con el que debemos amar y amamos al Papa y á la Iglesia.

Tampoco se trata aquí de la persona del Papa, la cual puede ser más ó menos amable y simpática: nó; hablamos ante todo de la santa autoridad del Papa, hablamos de él en cuanto que es Papa, en cuanto que es «Jesucristo sobre la tierra,» como decia el pastorcito de la campiña de Roma. En este sentido, debemos al Papa un amor que se confunde con el que debemos al mismo Jesucristo; ó por mejor decir, es Jesucristo, es la autoridad de Jesucristo á quien amamos y veneramos en su Vicario.

Es evidente que si somos cristianos debemos amar al Papa con una fe profunda, con ese grande amor religioso, sobrenatural, con que amamos á Dios.

Para ser verdaderamente cristiano, ver-

daderamente discípulo de Jesucristo, no basta, en efecto, ser bautizado, hacer sus oraciones, ir á Misa, confesar, comulgar, etc.; es preciso, además, tener el espíritu de Jesucristo, es decir, los mismos sentimientos que Jesucristo, amar lo que El ama, detestar lo que El detesta, y no tener con El más que un corazon y una alma. Lo que Jesucristo ama acá en la tierra con un amor grande es su Vicario, es el Jefe de su Iglesia, por quien enseña, gobierna, santifica y salva á los hombres. Miembros de Jesucristo, debemos amar con El, como El y por su amor á nuestro Santo Padre el Papa. ¿No es esto lo más lógico?

No basta tampoco amar á la Iglesia en general, haciendo con conocimiento ó sin él abstraccion del Papa: esto seria una astucia de aquel que quiere impedir á toda costa á los fieles amar al Vicario de Jesucristo y obedecerle. «La Iglesia y el Papa son una misma cosa,» repetimos con San Francisco de Sales; y no se puede amar á la Iglesia sino amando al Papa, único que la personifica plenamente. Por consiguiente, nada de sutilezas; nada de distinciones capciosas entre la Iglesia y el Papa: ¡que una fe simple y pura rinda nuestras inteligencias é incline nuestros corazones ante

las enseñanzas del Jefe de la Iglesia! Dios nos habla por su boca: obedezcamos, agradezcamos, caminemos sin temor. Es el extremo opuesto del espíritu herético y de su pariente el espíritu liberal.

Cómo, en la práctica, es preciso amar al Papa en los tiempos en que vivimos.

No vivimos en tiempos ordinarios: todo está trastornado, así las cabezas como las sociedades; y como la cuestion del Papa encierra la solucion de todas las grandes cuestiones que agitan y conmueven al mundo en este siglo, importa principalmente concentremos sobre este punto las simpatías de nuestro corazon y los esfuerzos de nuestro espíritu.

Para amar al Papa como quiere Nuestro Señor Jesucristo que lo amemos, es menester, en primer lugar, amarlo sinceramente, del fondo de nuestro corazon, y no sólo con palabras; es necesario amarlo con eficacia, estar á él sometido; no tratar de enseñarle, como hacen tantos espíritus orgullosos, vanidosos, llenos de sí mismos, ridículamente convencidos de que ellos ven más claro que el Espíritu Santo, y que San

Pedro ganaria mucho con tomar consejo de su escasísima sabiduría. Nada es más comun en nuestros dias como este espíritu extravagante que procede de la ignorancia y del espíritu de independencia. No nos hagamos ilusiones á este respecto, pues que altera profundamente en las almas el santo amor de la Iglesia y del Papa. La perfeccion de la sumision en un católico es la medida de la perfeccion de su amor hácia el Vicario de Jesucristo.

En segundo lugar, es preciso aquí tambien que «nuestra boca hable de la abundancia de nuestro corazon,» segun el precepto del Evangelio. Si los buenos católicos hablaran más alto y con firmeza, pronto triunfaria la buena causa. ¿Por qué tener miedo en decir abiertamente lo que se piensa sobre una materia tan grande, tan capital, tan noble y digna de un verdadero cristiano? No es amar verdaderamente al Papa tener miedo de parecer amarle. Merced á los muchos periódicos absurdos que á tontas y á locas hablan de todo, por do quiera se habla hoy del Papa, se juzgan sus actos, se critican, etc.; sepamos defenderlo llamando al órden á los papagayos y á los parlanchines, y no olvidemos que todos, segun nuestras fuerzas, *debemos* sos-

tener el honor y la causa de nuestro Padre en Dios. Nada de respetos humanos: nada de prudencia falsa.

En tercer lugar, y á fin de poder llenar este deber de amor filial, de amor católico, instruyámonos lo mejor posible en lo que toca á la causa del Papa. Desconfiemos de los malos periódicos propiamente dichos (que muchos fieles se permiten leer), así como de esas hojas poco católicas en que no guia la fe el dictámen de los redactores, y que por cierta moderacion y honradez que usan en el lenguaje son muchas veces más peligrosas. El grande y santo Papa Pio IX, durante su inmortal pontificado, no ha cesado de señalar este peligro á los católicos. Este es asunto de conciencia no menos que de buen sentido. Y lo mismo que dejamos dicho respecto de los periódicos, debe entenderse igualmente de las Revistas, libros y bibliotecas.

En cuarto lugar, un católico que ama verdaderamente al Papa, ora por él del fondo de su corazon, por sus intenciones, por las de la Santa Sede y por las de este inmenso gobierno de la Iglesia que abraza el mundo entero é interesa á todos los pueblos, á todas las almas. Santa María Magdalena de Pazzis, priora de las Carmelitas

de Florencia á fines del siglo XVI, apostrofaba de la manera siguiente á una de sus Hermanas que en la fiesta de San Pedro le confesaba ingenuamente haber olvidado rogar por el Papa: «¡Cómo! ¡la que es sierva de Jesucristo no pensar en el Vicario de Jesucristo! ¡Cómo! ¡la que es esposa de Jesucristo olvidarse de orar por Jesucristo!» El mismo reproche puede hacerse á tantos cristianos que no ruegan por el Papa. «¡Cómo! ¡discípulos de Jesucristo y olvidarse de orar por el Vicario de Jesucristo! ¡Cómo! ¡siervos de Jesucristo y vivir indiferentes á la causa del Vicario de Jesucristo!»

Ultimamente, en los aciagos dias que atravesamos, el verdadero amor al Papa nos obliga á hacer por él sacrificios pecuniarios proporcionados á nuestros medios, á cuyo efecto está instalada en casi todas las diócesis la obra del *Dinero de San Pedro*. Todo buen católico *debe* contribuir al Dinero de San Pedro; el rico, con una abundante limosna; el pobre, el jornalero, el niño, con su pequeño óbolo. Háse calculado que si cada católico práctico diera al año solamente veinte ó veinte y cinco céntimos de peseta para el *Dinero de San Pedro*, el Papa estaria en situacion de poder hacer

frente á las necesidades de todo género que pesan sobre él.

Tales son los principales deberes del verdadero católico para con el Papa; y es así, caro lector, cómo se le debe manifestar nuestro filial amor.

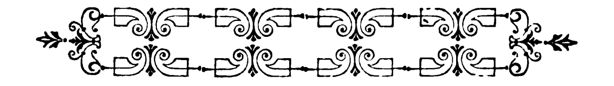
El amor al Papa, Vicario de Jesucristo: tal es, pues, la primera flor, la primera rosa que te ofrezco y que te ruego conserves bien. Su perfume es la fe, es la humilde sumision de la fe.

Ella es pura y sin mancha, porque la fe católica, apostólica, romana es inmaculada, y el Papa su dispensador y depositario soberano á través de los siglos.

Plantemos hondamente en nuestro corazon y en nuestro espíritu esta flor magnífica, y sea el primer carácter de nuestra vida cristiana y de nuestra piedad un amor profundo por el Vicario de Jesucristo. Puede afirmarse, sin temor, que el amor al Papa, la devocion al Papa, es un signo manifiesto de predestinacion.

Y ahora contemplemos la segunda rosa que te he anunciado, carísimo lector, y respiremos los perfumes de ella. Es, como ya te lo he dicho, el amor á la Santísima Vírgen Madre de Dios.

EL AMOR A LA SANTÍSIMA VÍRGEN.



II.

EL AMOR Á LA SANTÍSIMA VÍRGEN.

Por qué deben amar todos los cristianos á la Santísima Vírgen.

Por tres razones principales: en primer lugar, porque es Madre de Nuestro Señor y dulcísimo Redentor Jesucristo; después, porque es Madre de todos nosotros, miembros vivos y hermanos de Jesucristo; y en fin, porque es perfectamente santa, perfectamente buena, perfectamente digna de cariño y de amor.

Primeramente, debemos amar á la Santísima Vírgen porque es Madre de Jesús, verdadera Madre de nuestro Dios. El amor que tenemos á Nuestro Señor no puede

menos de reflejarse en su Madre, en aquella que lo dió al mundo, y sin la cual no habríamos tenido quien nos salvara.

Por la Vírgen María quiso Dios Padre dar al mundo á su Hijo único; por Ella, y sólo por Ella, el Hijo de Dios quiso hacerse hombre para salvarnos de la condenacion eterna, y abrirnos de nuevo el cielo que el pecado nos habia cerrado.

En Ella, en el seno virginal de María, el Espíritu Santo quiso obrar este grande prodigio que se llama la Encarnacion, que del Hijo Eterno de Dios hizo el verdadero Hijo de María, y que por consiguiente elevó á María á la dignidad inefable, casi divina, de Madre de Dios.

«Pero, se dirá tal vez, la Santísima Vírgen no dió á Jesucristo la divinidad, sino su humanidad; Ella puede ser Madre de Jesús en cuanto á hombre, pero no en cuanto á Dios. No es, pues, verdaderamente Madre de Dios.» Sí lo es, y hé aquí cómo: La fe nos enseña que en Nuestro Señor Jesucristo no hay más que una sola persona, que es la persona divina, eterna, infinita del Verbo de Dios. Todo el mundo sabe esto. Luego siendo la Santísima Vírgen, por la gracia de la maternidad divina, la verdadera Madre de Nuestro Señor, de-

dúcese de ahí de todo punto que es real y verdaderamente Madre de Dios. Poco importa que Ella no le haya dado más que su humanidad; no por esto es menos Madre suya, su verdadera Madre, y eso basta.

¿No acontece la misma cosa con respecto á cada uno de nosotros? Cuando nuestra madre nos puso en el mundo, sólo el cuerpo nos dió; no así el alma, que Dios crea directamente sin el concurso de nadie. Decidme ahora: ¿es nuestra madre menos realmente, menos verdaderamente madre nuestra, porque no nos diera directamente más que nuestro cuerpo?

Luego la Santísima Vírgen, verdadera Madre de Jesús, es la verdadera Madre de Dios; y por consiguiente si creemos de veras en Jesucristo ¿cómo no deberémos unir en un mismo amor al Hijo y á la Madre, á Jesús Hijo de María, y á María Madre de Jesús?

En segundo lugar, debemos amar á la Santísima Vírgen, Madre de Dios, porque se ha hecho nuestra Madre en el órden de la gracia y de la salvacion.

Ella es la verdadera Madre de Jesús segun la naturaleza; y de nosotros, herma-

nos adoptivos y miembros vivos de Jesús por la gracia, es Madre espiritual, Madre de nuestras almas, Madre que incesantemente nos está criando en la vida de la gracia y de la eterna salvacion. Esta maternidad de la Santa Vírgen con respecto á nosotros, bien que de distinta naturaleza, es tan real como su maternidad divina tocante á Jesús en la Encarnacion.

De lo alto de su cruz quiso Nuestro Señor proclamarlo solemnemente: «Hé ahí tu hijo,» declaró con moribunda voz á la Santísima Vírgen, mostrándole el Discípulo amado: «Hé ahí tu Madre,» añadió, volviéndose hácia San Juan y designándole á la Vírgen. Luego San Juan, el discípulo amado, nos representaba á todos en este instante supremo; y á todos y á cada uno en particular nos daba así Jesús moribundo por Madre á su muy amada Madre.

Sentado esto, y puesto que *por derecho divino* somos hijos de la Santa Vírgen, ¿no es justo que la amemos? ¿Hay necesidad de probar el deber en que estamos de amarla? ¿No es ésta, para todo cristiano, una de tantas verdades de sentido comun más luminosa que el dia?

Demás de esto (pensémoslo bien), por su santa gracia, Nuestro Señor habita y vive

en cada uno de nosotros con su Padre celestial y con el Espíritu Santo; del fondo de este vivo santuario comunica á todos sus fieles los sentimientos de su divino Corazon, esto es, el más tierno, religioso y filial amor hácia su Padre celestial, y, todo junto, hácia su bendita Madre. Jesús quiere que nosotros le imitemos lo más posible en el perfecto amor que El tenia y tiene eternamente á su Padre y á su Madre, á Dios y á la Vírgen. ¡Oh dulce voluntad del Dios de nuestro corazon! ¡Oh santo y consolador amor filial que nos es comun con el mismo Jesús!

En tercer lugar, finalmente, debemos, si queremos ser verdaderos y dignos cristianos, amar á la Santísima Vírgen con todo nuestro corazon porque Ella es con justicia digna de amor.

Para hacer de esta naturaleza privilegiada una verdadera obra maestra de gracia y de santidad, tan digna como posible de ser Madre de su adorable y único Hijo, el Padre celestial la colmó de todas las bendiciones de que era capaz una pura criatura.

El la crió llena de gracia; por sólo Ella obró el prodigio de la Inmaculada Concepcion, es decir, que la preservó del pecado original, é igualmente quiso que por un prodigio tambien único quedara vírgen después de ser madre. El Espíritu Santo la colmó, la impregnó toda, si así puede decirse, de la gracia santificante, elevándola de esta suerte á una perfeccion tan completa, á una santidad tan incomprensible, que ninguna criatura en el cielo ni sobre la tierra puede compararsele, aun de lejos. Así la Iglesia, para hacernos comprender que la excelencia prodigiosa de la Madre de Dios exige un culto á parte, ha tenido que dar á este culto el nombre de *Hiperdulia,* esto es, veneracion superior á la que debemos á los Angeles y á los Santos.

A esta perfeccion sublime de la Santa Vírgen corresponde la reunion perfecta de todas las virtudes, de todas las cualidades amables, de todas las bondades, de todas las dulzuras maternales que hacen á una criatura digna de ser amada al mismo tiempo que venerada. Y es en medio de estos esplendores de amor, de bondad y de belleza, que el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo nos presentan á la Santísima Vírgen, á fin de que la veneremos con todo el po-

der de nuestra fe y que la amemos con todas las fuerzas de nuestro corazon.

Estas son las tres razones principales por las cuales todo cristiano, todo verdadero hijo de Dios, todo verdadero discípulo de Jesucristo, debe amar con todo su corazon á la bienaventurada Vírgen María.

Cómo el Evangelio resume maravillosamente las grandezas de la Santísima Vírgen.

Al hablar del Papa y del religioso amor que le debemos, tuvimos especial satisfaccion en comprobar el magnífico testimonio que da á su autoridad el texto mismo del Evangelio. Lo mismo pasa relativamente con las grandezas de la Vírgen y con su maternidad divina, en que se resumen todas ellas. Escucha, pues, amado lector, y observa si nuestra devocion para con la Vírgen está ó no fundada en el Evangelio.

En el capítulo primero del Evangelio segun San Lucas se dice que: *Envió Dios al Angel Gabriel á Nazaret, ciudad de Galilea, á una Vírgen desposada con cierto*

varon de la casa de David llamado José, y el nombre de la Vírgen era María. Y habiendo entrado el Angel donde Ella estaba, le dijo: Dios te salve ¡oh llena de gracia! el Señor es contigo: bendita Tú eres entre todas las mujeres.

Así comienza el relato evangélico; y en honor de la Santísima Vírgen te ruego peses bien todas sus palabras.

Es el mismo Dios quien envia á la Vírgen María á uno de los Espíritus más sublimes de la corte celestial como embajador suyo y embajador del más augusto, del más admirable de los misterios, del misterio de la Encarnacion. Y así, desde el principio, desde que se trata la Santa Vírgen en el Evangelio, vemos de una parte al mismo Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, y de la otra á esta humilde y santa criatura, á esta pobre doncellita de Nazaret que se llama María; y entre ellos, entre el cielo y la tierra, vemos asimismo al gran Arcángel Gabriel, uno de los siete principados que la Sagrada Escritura señala como presidiendo á todas las obras de Dios, y que perpetuamente se mantiene en su presencia.

Revestido de forma humana y todo resplandeciente de gloria, el ángel Gabriel

saluda respetuosamente á la Vírgen de Nazaret: *Dios te salve,* la dice, *¡oh llena de gracia!* ¿Puede decirse más á una criatura? La gracia es el don por excelencia que nos une á Dios, nos llena de Dios, nos hace participar de la misma vida de Dios, y nos prepara en este mundo para participar de la gloria eterna de Dios. La Vírgen María «es llena de gracia.» Dios es quien lo dice por medio de su embajador. Llena de gracia, Ella es, pues, enteramente extraña al pecado: al pecado original desde luego, cuya mancha todos traemos al nacer; y hé aquí claramente indicado por el Evangelio el misterio de la Inmaculada Concepcion de la Santísima Vírgen, que los ministros protestantes acusaban á la Iglesia de haber inventado; y después á toda especie de pecados actuales, sea mortales, sea veniales. Por consiguiente, María tiene derecho realmente y sin ninguna restriccion á este hermoso título que de ordinario le damos llamándola Vírgen *Santa, Santísima* Vírgen. Véase, pues, cuántas grandezas se encierran ya en esta primera palabra del texto del Evangelio.

El ángel Gabriel añade: *El Señor es contigo.* El Señor, es decir, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. El Padre, que á título

de Esposo os ha escogido y predestinado de toda eternidad para ser sobre la tierra, en medio de los tiempos, la Madre de su Hijo único y eterno á quien Vos daréis ¡oh María! el nombre de Jesús;—el Hijo, que asimismo os ha escogido y predestinado de toda eternidad para ser un dia su verdadera Madre, en cuyo seno se haria hombre y á la cual deberia toda la sustancia de su carne y de su sangre;—el Espíritu Santo, que tambien os ha escogido y predestinado en su eterno amor para ser la más santa, la más perfecta, la más excelente, la más sublime de todas las criaturas puras. Sí, Santísima Vírgen, *el Señor es contigo.*

Bendita Tú eres entre todas las mujeres, ó para hablar con más exactitud todavía: *Tú eres la Mujer bendita entre todas las mujeres,* esto es, la Mujer por excelencia, anunciada, prometida desde el paraíso terrenal por el mismo Señor á Adan y á Eva arrepentidos; la Mujer que un dia daria al mundo su Salvador, y que aplastaria así la cabeza de la serpiente, es decir, el poder maldito del demonio. Es de la boca misma del enviado de Dios que sabemos esta incomparable grandeza de la Santísima Vírgen María, profetizada á todo el género humano como la futura Madre de su Re-

dentor y como indisolublemente asociada por la Providencia á Nuestro Señor Jesucristo, Salvador del mundo. Aunque en todo el Evangelio no hubiera más que estas tres palabras del arcángel Gabriel: *Dios te salve ¡oh llena de gracia!—el Señor es contigo;—bendita Tú eres entre todas las mujeres,* seria lo suficiente para cerrar la boca perennemente á los que se han atrevido á decir que «María es una Mujer como las demás, y que la Iglesia católica hace mal en exaltarla tanto.»

El Evangelio continúa: *Al oir tales palabras, la Vírgen se turbó y púsose á considerar qué significaria una tal salutacion;* signo tan evidente como conmovedor de su profunda humildad y de la delicadeza de su modestia virginal. *Mas el Angel le dijo: ¡Oh María! no temas, porque has hallado gracia en los ojos de Dios.* ¡Ay! la pobre Vírgen no halla gracia á los ojos de los ministros protestantes que parecen tener empeño en mancillarla con ultrajes y calumnias.—En seguida le explica el arcángel Gabriel el misterio que su humildad no se atreve á sondear. *Porque has halla-*

do gracia en los ojos de Dios, sábete que has de concebir en tu seno, y parirás un Hijo, á quien pondrás por nombre Jesús. En otros términos, vais á ser verdaderamente Madre de Dios; y este Dios, hecho Hijo vuestro, recibirá de Vos y no de otro el nombre sagrado de Jesús, es decir, Salvador. *Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo.* La Vírgen expone entonces al enviado de Dios una dificultad por la cual nos revela que no solamente Ella, mas su santo esposo José habian hecho voto de perpetua virginidad. *¿Cómo ha de ser eso,* dijo Ella en efecto; *cómo podré ser madre, pues yo no conozco hombre alguno, y estoy para siempre consagrada al Señor?* Y el Angel le respondió: *El Espíritu Santo descenderá sobre Tí, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra. Por cuya causa el fruto santo que de Tí nacerá será llamado Hijo de Dios.*

Todo es divino, todo es misterioso en la Encarnacion del Hijo de Dios, en la maternidad divina de María. Ella es vírgen; debe y quiere vivir vírgen, enteramente consagrada á Dios: Ella vivirá vírgen; sin embargo, será Madre; vírgen y Madre á la vez; no tendrá otro Esposo que Dios; su Hijo será Dios; y el Espíritu Santo, Dios como

el Padre y el Hijo, obrará divinamente, sobrenaturalmente en Ella el misterio de su virginal maternidad. No pierdas nunca de vista, querido lector, que todo esto está fuera del órden natural, y que los que quieren juzgar y hablar de ello segun las únicas luces de la razon, están absolutamente apoyados en lo falso.

Hé ahí, pues, el Evangelio mostrándonos en esas pocas líneas, á la vez tan simples y profundas, á la Vírgen María eternamente predestinada, única entre todas las mujeres, para ser un dia Madre de Dios, Madre del Dios Salvador; nos la presenta preparada á este efecto con una plenitud de gracia y de santidad perfectas, nos la muestra íntimamente unida al Señor con esta gracia prodigiosa y única; nos la muestra como hallando gracia en los ojos de Dios en medio del mundo pecador; nos la muestra Vírgen y Madre á un mismo tiempo por un milagro incomparable del poder de Dios.

Ultimamente, al referirnos la palabra por la cual Ella responde definitivamente á la embajada divina: *Hé aquí la esclava del Señor; hágase en mí segun tu palabra*, nos la muestra como cooperando de una manera activa, por un acto libre de su vo-

luntad, de su fe y de su amor, á los misterios de la salvacion del mundo, esto es, á los misterios de la Encarnacion y de la Redencion, y al doble misterio que de ellos se deriva, el de la gracia y el de la Iglesia.

Después de lo dicho, tú me dirás, amado lector, si no resume el Evangelio de una manera maravillosa, sublime, las grandezas de María, y si nosotros católicos, verdaderos hijos de Dios, hermanos y discípulos verdaderos de Jesucristo, no tenemos razon en honrar, venerar y amar á la Santísima Vírgen.

Otras muchas palabras del Santo Evangelio habria que referir aquí, entre ellas la del *Magnificat*, donde la misma Vírgen declara que «todas las generaciones la proclamarán bienaventurada;» y las del Evangelio de San Juan, en que el Hijo de Dios, espirando sobre su cruz, nos la da á todos por Madre. Pero lo poco que acabamos de decir basta suficientemente.

Observemos, sin embargo, que áun cuando el Evangelio careciera de alguno de estos gloriosos testimonios, nuestra piedad hácia la Santa Madre de Dios no por eso

sufriria, y nadie tendria derecho para objetarnos este silencio, pues así como ya lo hemos comprobado más atrás, la regla soberana de la fe no es únicamente la Sagrada Escritura, sino tambien la tradicion, ambas interpretadas por la Autoridad suprema é infalible de la Iglesia, y principalmente de su Jefe el Vicario de Jesucristo. Así la tradicion, es decir, la enseñanza unánime de los Santos Padres desde los tiempos apostólicos hasta nuestros dias, está de acuerdo en proclamar, en exaltar con amor las divinas excelencias de la Inmaculada Vírgen María Madre de Dios y de todos los hijos de Dios.

De algunas oscuridades del Evangelio tocante á la Vírgen.

Después de haber dicho magnífica y suficientemente lo que es la Vírgen María, el Evangelio no se ocupa más que de su divino objeto, del Dios hecho hombre, Jesucristo. Hay personas que no tomando apenas el objeto principal, por no decir el único del relato evangélico, quisieran ver en él una especie de devocionario de la Vírgen. Ellas se engañan de medio á medio.

El Evangelio no es la historia de la Vírgen María; es el compendio de los hechos principales de la vida de Nuestro Señor, de sus milagros más salientes y de sus palabras más importantes bajo el punto de vista práctico de nuestra santificacion. Buscar allí como hacen los protestantes un catecismo completo, ó como hacen las personas de que acabamos de hablar, que buscan una relacion más ó menos detallada de los hechos y gestos de la Santa Vírgen, es ponerse en un punto de vista completamente falso.

Fuera de las hermosas páginas que hemos citado, el Evangelio habla tres ó cuatro veces de la Vírgen María, no por Ella misma, sino únicamente para hacer resaltar mejor la mision divina de Jesús. Como Hijo de María, Jesús se somete humilde y cariñoso á su Madre, practicando en toda su perfeccion el cuarto mandamiento de Dios: como Hijo de Dios, como enviado del Padre para enseñar al mundo las vias de salvacion, Jesús no conoce más que á su Padre celestial, no tiene parentela aquí bajo. Es un modelo admirable presentado por el Espíritu Santo á todos los hombres apostólicos para hacerles comprender que los que tienen el honor de ser llamados por

Dios á la consagracion religiosa ó sacerdotal, deben ser hombres sobrenaturales, despegados de todo, áun de las afecciones de familia más íntimas, más legítimas en sí mismas.

La respuesta del Niño Jesús hallado en el Templo.

La primera de estas palabras divinas, sacerdotales del Hijo de Dios, se lee en el Evangelio de San Lucas, capítulo II, en donde este Evangelista refiere la respuesta no severa, sino *santa*, del Niño Jesús hallado en el Templo, á la edad de doce años, enseñando á los Doctores de la ley. *¿Cómo es que me buscábais?* dijo gravemente á María y á José; *¿no sabíais que Yo debo emplearme en las cosas que miran al servicio de mi Padre?* Esta es la palabra del Hijo de Dios, la palabra del Enviado del Padre. Es al mundo entero á quien El habla aquí más bien que á su Madre y á San José; y éstos lo sienten perfectamente, pues por una parte, dice el Evangelio «que ellos no comprendieron entonces la respuesta que acababan de oir,» y por otra que «su Madre conservaba todas estas pa-

labras en su corazon.» Lo repito, «estas palabras» no eran severas, sino santas, sino divinas.

Para apartar toda idea extraña á este punto de vista dominante, el Evangelista añade en seguida que Jesús se apresuró á obedecer á su muy amada Madre, la siguió, entró con Ella y con San José en Nazaret, y resume toda la juventud, toda la adolescencia del Verbo hecho carne en estas palabras adorables: «Y les estaba sujeto.»

La respuesta de Jesús á María en las bodas de Caná.

En las bodas de Caná referidas en el capítulo II del Evangelio de San Juan, encontramos otra palabra del Salvador á su Santa Madre, en la cual la ignorancia, unida á la mala fe, ha querido hallar una objecion á la piedad de la Iglesia hácia la Bienaventurada Vírgen.

Todos conocemos este hermoso relato referido por San Juan como testigo ocular. Habiendo faltado el vino, la Madre de misericordia fué la primera en notarlo. Acercóse al oído de su divino Hijo diciéndole: *No tienen vino*. Y Jesús, que lo sabia

todo, le respondió: *Mujer, ¿qué nos va á Tí y á Mí? Quid mihi et tibi?* Este es un dicho oriental, muy usado todavía hoy en una parte del Asia.

Este dicho tiene dos sentidos enteramente opuestos, y ambos tienen aquí su aplicacion. El primero, único adoptado por la Iglesia oriental en la interpretacion de este texto de San Juan, puede traducirse así: «¡Oh Mujer! ¿qué hay de comun entre Tú y Yo para que siempre tengamos los mismos pensamientos, los mismos sentimientos? *Quid mihi et tibi?* Yo tambien veo su apuro y deseo sacarles de él; pero todavía no es llegada mi hora, la hora fijada por mi Padre para la manifestacion de mi divinidad por medio de milagros.»

El segundo sentido, más comunmente seguido por los Doctores de Occidente, entra en la idea general de la santidad divina, opuesta al amor filial natural. «¡Oh Mujer! ¿qué hay entre Tú y Yo, entre mi mision sobrenatural, á la cual pertenece el poder de obrar milagros, y el amor filial en cuyo nombre Tú me pides uno?»

En los dos sentidos, la respuesta del Salvador á su Santa Madre no tiene el carácter de repulsa que los enemigos de la Vírgen afectan darle: en el primer caso bien

claro está que en ella no se ve sino un testimonio de simpatía íntima; en el segundo se ve que antes de ceder el Hijo de Dios al deseo compasivo de su Madre, declara simplemente que no lo hace sino por misericordia, y que, no obstante ser su Madre, María no tenia aquí derecho á invocar. «En las cosas que son de su Padre,» Jesús no depende más que de El, y todavía no era llegada la hora primitivamente fijada por el Padre para la manifestacion de la divinidad de su Hijo. Segun toda apariencia, esta hora divina era la de la resurreccion del Hijo de Dios, signo por excelencia de su divinidad.

Pero cuando tuvo lugar la oracion todopoderosa de la Santísima Vírgen, la hora de los milagros de Jesús se ve anticipada; y el Hijo, cuya voluntad es una con la del Padre, anticipa tambien el momento de sus manifestaciones divinas para entrar en el misericordioso deseo de su Madre. Obra, pues, sin más tardanza, como dice expresamente el Evangelio, «en Caná de Galilea el primero de sus milagros, y desde entonces sus discípulos creyeron en El.»

Y así debemos al Corazon misericordioso de María, á su bondad, á su irresistible súplica, no solamente el grande milagro de Caná, sino tambien, como consecuencia,

todos los que Jesús obró después y que fueron coronados por el estupendo milagro de la Resurreccion.

No nos admiremos si al responder el Salvador á su bendita Madre le dijera: «¡Oh Mujer!» y no «¡Oh Madre mia! Las menores palabras del Evangelio encubren con frecuencia grandes misterios. Como ya lo hemos dicho, la Bienaventurada Vírgen era «la Mujer» por excelencia, predestinada desde el orígen á ser Madre de Aquel que gustaba llamarse «Hijo del hombre;» y María, Madre de Dios, habia sido dada al mundo por la misericordia divina como complemento del misterio adorable de la Encarnacion, al lado del Hombre por excelencia, del Hombre que es el Hijo Eterno de Dios, Dios con nosotros.

Esta palabra «¡oh Mujer!» de que se sirve aquí Nuestro Señor, es por lo tanto un título de honor, y no una especie de injuria como se han atrevido á decir algunos espíritus mal avenidos. Ella fué repetida de intento en el momento más solemne de la vida mortal del Salvador cuando, estando á punto de consumar su sacrificio, confió á su Santa Madre al amor del discípulo amado, al apóstol San Juan. «¡Oh Mujer, dice á María de lo alto de la cruz, hé ahí tu hijo!» y á San Juan: «Hé ahí tu Madre.»

Predicando, Jesús rehusa recibir á su Madre.

En otro pasaje del Evangelio, en el capítulo VIII de San Lucas, se dice: «La Madre de Jesús y sus hermanos vinieron un dia á verlo, sin poder penetrar hasta El á causa de la muchedumbre que lo rodeaba. Avisáronselo diciéndole: *Tu Madre y tus hermanos están allá fuera que te quieren ver*. Y Jesús les respondió: *Mi madre y mis hermanos son aquellos que escuchan la palabra de Dios y la practican*.

Aquí tambien es el Predicador de la salvacion, es el Hijo de Dios quien habla, y quien habla sólo; no se trata ni de su Madre, ni de su parentela, ni de ninguna amistad de este mundo: se trata de su divina mision, que es la salvacicn de las almas. Su respuesta es una especie de *sursum corda* que dirige al pueblo que le rodea.

Observa aquí, amado lector, una hermosa analogía: así como en el dia de la Anunciacion, al recibir la Santísima Vírgen con humilde sumision y fe sencilla la palabra de Dios que le traía del cielo el arcángel Gabriel, quedó hecha Madre de Dios; así

tambien, por nuestra sumision á esta misma palabra que nos traen los enviados de Dios, los sacerdotes católicos, entramos en una especie de participacion de esta fecundidad sobrenatural que hace la gloria de la Vírgen María; concebimos á Jesucristo en el fondo de nuestra alma de una manera toda espiritual, y este divino Señor viene á ser, como dicen San Agustin y San Jerónimo, «nuestro Maestro interior,» el cual, con sus inspiraciones, nos ilumina, nos dirige y nos guarda en su amor.

Recibiendo y guardando con fidelidad la palabra de Dios, nos hacemos igualmente «hermanos de Jesús,» sus hermanos adoptivos, hijos adoptivos de su Padre celestial y de su Santa Madre. Esto era lo que ante todo importaba hacer comprender á las almas que escuchaban á Jesús en el momento en que la Vírgen y algunos parientes suyos se presentaron á El; y hé aquí porque, anteponiendo á todo su divina mision, no quiso interrumpir su predicacion áun para recibir á su Madre.

De los hermanos y hermanas de Jesús, y de la perpetua virginidad de María.

En este mismo lugar de San Lucas y en otros dos ó tres más, los Evangelistas hablan de los «hermanos de Jesús,» y de sus «hermanas.» De ahí que los ministros heréticos, y después de ellos todos los despreciadores de la Santísima Vírgen, se han apresurado á sacar la consecuencia de que María no ha vivido vírgen como lo enseña la Iglesia católica, sino que ha tenido otros hijos. Léase antes el Evangelio, que nos da sus nombres con todas sus letras: *¿Por ventura no es Este* (Jesús) *el Hijo del carpintero?* se decian los judíos. *Su Madre ¿no es la que se llama María? ¿No son sus hermanos Santiago, José, Simon y Judas? ¿Y sus hermanas no viven todas entre nosotros?* (Matth. XIII). *¿No es éste aquel artesano, hijo de María, hermano de Santiago, y de José, y de Judas, y de Simon? ¿Y sus hermanas no moran aquí entre nosotros?* (Marc. VI). En verdad, añaden ellos, la cosa está aquí bien clara: María ha tenido varios hijos, puesto que Jesús ha tenido hermanos y hermanas.

Nada de eso. En Oriente, desde muy remotos tiempos y aún hoy, todos los parientes cercanos no se llaman de otro modo que «hermanos» y «hermanas.» Lo mismo sucede en Rusia. Para distinguir á los hermanos y hermanas propiamente dichos, de los otros parientes que llevan igualmente este nombre, se dice: «hermano de padre, hermana de padre,» ó «hermano, hermana de madre.» Y esta objecion *evangélica*, tan perentoria, queda destruída por sí misma ante el conocimiento más vulgar de los hechos.

Además, se sabe perfectamente cuáles eran los nombres de los parientes de los tres apóstoles Santiago (el Menor), San Simon y San Judas de que se trata aquí; eran simplemente primos de Nuestro Señor.

Las razones de los modernos enemigos de la Santa Vírgen son de la misma fuerza que las de los antiguos enemigos de su Divino Hijo, los fariseos de Nazaret: Este Jesús que nos enseña y hace milagros, decian, ¿no es hijo del carpintero José?

—No lo es, amigos mios: es Hijo de Dios, y no hijo de José.

«Nosotros conocemos á su padre y á su madre,» decian.

—Nó, vosotros no conoceis á su Padre ni á su Madre.

Su Padre es la primera Persona de la adorable Trinidad, quien con El y con el Espíritu Santo son un solo Dios. Hé aquí lo que es su Padre.

Tampoco conoceis á su Madre. Su Madre, de quien no sabeis más que el nombre; su Madre, á quien tomais por una mujer ordinaria, es la más augusta, la más santa de todas las criaturas de Dios; es la «Mujer» profetizada desde el Eden, saludada de antemano y anunciada con el Mesías por vuestros santos Profetas, por los justos del Antiguo Testamento, como Madre del Salvador. Ella es inmaculada, absolutamente inmaculada, y vosotros lo ignorais. Es Madre de Dios, y vosotros lo ignorais. Es vírgen y Madre á la vez, y vosotros lo ignorais.

Nó, no la conoceis, ó cuando menos no conoceis en Ella y en José, como en Jesús, sino lo que importa poco conocer; y no teniendo fe ignorais de ellos lo que única y esencialmente importa conocer.

En cuanto á sus hermanos, á sus hermanas de Nazaret, es decir, á sus parientes cercanos, es verdad que los conoceis; pero ¿qué hace eso á su divinidad en la cual no quereis creer? Eso prueba que Jesucristo es con toda verdad hombre, puesto

que tiene como nosotros una verdadera familia sobre la tierra.

Luego nada hay en todo eso que poco ni mucho toque al honor de la Santísima Vírgen, á su perpetua virginidad, á ninguna de las enseñanzas de la fe con relacion á María.

En lo demás, no han sido solamente los heresiarcas del siglo XVI los primeros en blasfemar así el misterio de la perpetua virginidad de la Madre de Dios. En los últimos años del siglo IV, un miserable fraile apóstata llamado Joviniano se atrevió á proferir por primera vez este insulto grosero: Su voz fué sofocada en seguida por un grito universal de horror y de indignacion. San Jerónimo, San Agustin y los demás Doctores contemporáneos apelaron á la tradicion unánime de las Iglesias de Oriente y de Occidente, á la Sagrada Escritura y al Símbolo de los Apóstoles que con todas sus letras dice: *Natus ex Maria Virgine:* «Nacido de la Vírgen María.» Y los rayos de la Santa Sede y de la Iglesia aplastaron la herejía de Joviniano. Lutero y Calvino tuvieron el triste valor de levantar de nuevo los vergonzosos restos que quedaron de ella.

Por lo que toca á los que somos cristia-

nos, hijos de Dios y de su Iglesia, nosotros veneramos á María siempre Vírgen, antes y después del parto, y hasta el fin de su santa vida; nosotros veneramos, saludamos á María, Vírgen y Madre á la vez, no segun el órden de la naturaleza, sino por intervencion del poder divino y por una operacion sobrenatural, absolutamente milagrosa, del Espíritu Santo.

¡Bendita sea, pues, eternamente la pureza sin mancha, la virginal y milagrosa maternidad de María! ¡Bendito sea el privilegio único de su perpetua virginidad!

La respuesta de Jesús á una mujer que exaltaba la dicha de su Madre.

Otro dia que Nuestro Señor enseñaba á las turbas, dice tambien San Lucas en el capítulo XI de su Evangelio, una mujer llena de admiracion levantando la voz de enmedio del pueblo exclamó: *Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que te alimentaron;* pero el Señor respondió: *Bienaventurados más bien los que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica.*

Aquí tambien algunos han querido ver por lo menos una palabra nada cortés hácia

la Santísima Vírgen. «Ved, han dicho, el mismo Nuestro Señor declara que los buenos fieles están por encima de María.»

Nuestro Señor no dice eso ni mucho menos. Responde únicamente á esta mujer que, para ella y para cuantos están allí, el gran negocio es recibir bien las verdades que El les enseña y guardarlas fielmente.

Que su Santa Madre sea bienaventurada, de ningun modo lo niega: desvia simplemente esta cuestion, y recuerda á sus oyentes el objeto de su predicacion.

Es como si hubiera dicho á esta mujer: «No se trata de eso; no de mi Madre, sino de vosotros que me escuchais.»

Indirectamente, este pasaje del Evangelio expresa por el contrario, como há poco decíamos con motivo de otra palabra de este género, el elogio de la fidelidad de la Santa Vírgen. Nadie, en efecto, recibió tan santamente como Ella ni rodeó de tanto amor «la palabra de Dios, del Verbo de Dios,» esto es, Jesucristo, que es la Palabra eterna y viva de Dios Padre.

Luego el Evangelio no contiene nada que se pueda racionalmente oponer á la veneracion y al amor que profesa la Iglesia católica á la Vírgen.

¡Cosa notable! casi todos los pasajes de que ha querido servirse la malevolencia contra la Santísima Vírgen, han sido sacados del Evangelio de San Lucas; y es este mismo Evangelio el que contiene desde su primer capítulo la Salutacion angélica, el *Magnificat* y las alabanzas más perentorias de la Bienaventurada Vírgen, entre otras esta palabra de Santa Isabel que todavía no hemos citado: *¿De dónde á mí tanto bien que la Madre de mi Señor venga á visitarme?* San Lucas es el evangelista de la Santísima Vírgen; y aquí, como siempre, «la iniquidad se ha mentido á sí misma.»

Que el culto y el amor á la Santa Vírgen comenzaron con la Iglesia.

A pesar del respetuoso silencio con que el Espíritu Santo quiso que los Evangelistas y los Apóstoles rodeasen la santidad de María, una palabra, verdaderamente real,

fué depositada para gloria de la Madre de Dios en la Sagrada Escritura cuando dió principio la historia de la Iglesia. Desde la primera página de los Hechos de los Apóstoles, se dice que bajando éstos y los discípulos del monte de los Olivos y entrando en Jerusalen después de la Ascension se reunieron en el Cenáculo, sobre el monte Sion, para prepararse á recibir el Espíritu Santo y para inaugurar la mision divina de la Iglesia católica. Esto supuesto, añade el autor inspirado, *no teniendo todos más que un solo corazon y una sola alma, perseveraban juntos en oracion con las mujeres piadosas, y con María la Madre de Jesús.* Estas mujeres piadosas eran las que habian acompañado á la Vírgen en el Calvario.

María nos es mostrada aquí como el corazon, como la Madre de la Iglesia naciente. Ella está al lado de San Pedro, el primero de los Papas, en medio de los Apóstoles y de los discípulos, que luego fueron los primeros obispos y los primeros sacerdotes de la Iglesia, en el momento en que reciben el Espíritu Santo el dia de Pentecostés. Parece que este Divino Espíritu quiere desde luego reposar sobre Ella, antes de darse á Pedro y á los Apóstoles, como en otro tiempo habia reposado y la ha-

bia «cubierto con su sombra» en los dias de la Anunciacion, cuando fué hecha Madre del Verbo encarnado, del Divino Jefe de esta misma Iglesia, del Sacerdote eterno de Dios.

Hasta su dichosa muerte, que tuvo lugar en Jerusalen como catorce años después de Pentecostés, la Madre de Dios fué objeto de la veneracion y de un religioso amor por parte de los primeros discípulos de Nuestro Señor. Las tradiciones más antiguas de la Iglesia nos lo afirman. ¿Y cómo habria podido ser de otro modo, enseñando la fe católica á los primeros cristianos, como igualmente nos lo enseña á nosotros, que María es Madre de Dios, y que antes de abandonar este mundo Nuestro Señor la dió por Madre de todos los cristianos?

Esta veneracion, este culto de amor y de respeto fué mantenido religiosamente bajo *la ley del secreto,* como la mayor parte de los dogmas íntimos del Cristianismo, durante todo el período de las persecuciones por una razon de alta prudencia bien fácil de comprender: en tiempos en que el dogma de la unidad de Dios dominaba toda la lucha de la Iglesia contra el paganismo, era preciso, ante todo, no exponer los nue-

vos cristianos á una alternativa que muchos de ellos no habrian quizás podido afrontar impunemente, á saber, no tributar á la Santísima Vírgen Madre de Dios el culto de alta y altísisima veneracion que le era debido; ó bien pasar más allá de la medida, y *adorarla* como una nueva diosa.

Lo que no cabe duda es que el culto de la Vírgen, como el de los Santos Mártires, como el de la Eucaristía, estuvo reservado desde el orígen á solos los *iniciados;* los catecúmenos no conocian sino lo más preciso, y únicamente después del Bautismo era cuando la Iglesia descorria poco á poco, y siempre con religioso respeto, el velo que hasta entonces habia tenido que ocultar á sus ojos ciertas luces cuyo brillo no habrian podido soportar.

Sin embargo, la piedad de los fieles no podia impedirse de expresar acá y allá, á lo menos por figuras y símbolos, cuyo sentidos no podrian penetrar, pensamientos muy queridos á sus corazones. Así es que han sido hallados, no solamente en las inmensas catacumbas de Roma, sino tambien en Oriente y en las Galias numerosos fragmentos de un simbolismo cristiano que data ciertamente de los primeros tres ó cuatro siglos de la Iglesia, y que nos certifican,

entre otros, el culto de veneracion y de honor con que la antigüedad cristiana rodeaba el sagrado recuerdo de la Madre de Dios.

Hace treinta ó cuarenta años que la arquelogía romana ha hecho sobre esto los más preciosos descubrimientos; y los protestantes sinceros é instruídos han reconocido, con una lealtad que les honra mucho, que las pinturas, los símbolos y las inscripciones de las catacumbas prueban hasta la evidencia, no solamente el culto dado por nuestros padres á la Santísima Vírgen desde el principio del Cristianismo, sino tambien la mayor parte de los dogmas y prácticas religiosas que son hasta nuestros dias la honra y vida de la Iglesia: por ejemplo, el Papado, la Supremacía de San Pedro y la jerarquía eclesiástica, la Presencia real, el Sacrificio y el sacramento de la Eucaristía, la Confesion auricular, el culto de las reliquias y de las imágenes, etc.

En tiempos pasados vi yo mismo y pude copiar varias imágenes muy bien conservadas de la Vírgen en que estaba representada ora con el niño Jesús sobre sus rodillas, ora en actitud de orar. Una de estas últimas tenia la siguiente inscripcion que acredita la antigua tradicion de la educa-

cion de la jóven Vírgen María en el Templo hasta su matrimonio con San José: *María Ministra Templi Hycrusalem.*

La más notable de estas pinturas antiguas se remonta de una manera absolutamente cierta al primer siglo, á penas algunos años después del martirio de San Pedro y de San Pablo. Muy cerca de la capilla subterránea donde reposaban los cuerpos de los santos mártires Nereo y Aquileo, capitanes de las guardias de Santa Domitila, sobrina propia de los emperadores Tito y Domiciano, se ve una bella pintura mural que adornaba sin duda la tumba de algun personaje importante, y que representa de un lado á la Vírgen sentada en un sitio de honor, vestida de blanco con un grande velo sobre la cabeza, y teniendo encima de sus rodillas al Niño Jesús que bendice á tres Reyes Magos, los cuales están arrodillados á la izquierda ofreciéndole sus dones. El Niño Jesús está peinado á lo Tito. Guiados por las inscripciones de los corredores vecinos de esta catacumba, y por otros indicios que la ciencia ha reconocido completamente decisivos, los arqueólogos asignan á esta santa imágen de María (que es sin disputa una de las más antiguas de las catacumbas), la fecha de

los dos ó tres primeros años del reinado de Domiciano, sucesor inmediato de Tito. Flavia Domitila habia sido convertida á la fe por Nereo y Aquileo, y bautizada con ellos por el apóstol San Pedro en persona; y habiéndolo sabido el cruel Domiciano los castigó de muerte. Domitila hizo recoger sus sagrados restos y los depositó en una de sus propiedades, que dió á la Iglesia para hacer de ella una catacumba cristiana.

Al acabarse las persecuciones, el culto de la Vírgen tomó pronto en toda la Iglesia un desarrollo muy natural; innumerables basílicas y oratorios fueron dedicados en su honor, tanto en Occidente como en Oriente. La más célebre de estas basílicas se remonta á la época del bienaventurado Papa Liberio, en el año 360, y fué llamada *Santa María la Mayor* para distinguirla de las iglesias que ya existian bajo la advocacion de la Santísima Vírgen.

Así, pues, nada más contrario á la historia y á la verdad como la asercion de los que han osado decir que el culto de María tuvo su orígen en el siglo V, ó cuando más en el IV.

Si un cristiano puede amar y honrar suficientemente á la Santa Vírgen.

Nuestro Señor Jesucristo, que por su gracia vive y reina en el corazon de sus fieles, derrama en ellos los sentimientos que llenan su Divino Corazon; y para ser dignos de El, para serle conformes en todas las cosas como lo pide la fe, debemos amar con El y como El á su bendita Madre. Por más que hagamos no podemos amarla suficientemente, jamás la amarémos tanto como Jesús la ha amado.

Puedes juzgar, amado lector, lo que debió ser el Hijo de Dios para su Madre si te pones á considerar que la eligió, única entre todas sus criaturas, para ser un dia su Madre. Por El, por su honor, hizo de Ella una obra maestra perfecta de santidad, exceptuándola por completo de todo pecado original y actual, colmándola con sus gracias las más excelentes, las más delicadas, las más sublimes, y haciéndola así capaz de ser amada de El por encima de todo, después de su Padre celestial. Todo en Ella atraía al Corazon de Jesús; y su corazon no formaba más que uno solo con el de su Hijo, de su Dios, de su dulce amor.

Lo repito; para imitar á Jesús, para llevar dignamente el hermoso nombre de cristiano, *debemos* amar á su Madre, que es tambien nuestra, con todo nuestro corazon, con todas nuestras fuerzas, con toda nuestra alma, con todo nuestro espíritu. Si no lo hacemos así, no nos semejamos á Jesús, que es el modelo de los cristianos. El único homenaje que no podemos, que no debemos tributar á la Madre de Dios, es el homenaje supremo de *adoracion* que sólo á Dios se da. Pero ¿qué católico ha pensado jamás en *adorar* á la Vírgen? Cuando los ministros protestantes nos acusan de esto, mienten desvergonzadamente y á sabiendas: no hay, en efecto, uno solo que sea tan ignorante para engañarse de buena fe sobre semejante materia. Nó, no adoramos á la Vírgen; sino que la amamos, la veneramos con todas las fuerzas de nuestra fe; la honramos lo más perfectamente posible, de cuantos modos nos sugiere la fe y el amor; la suplicamos cuanto podemos, mas nunca demasiado; estamos á sus piés como buenos hijos que, llenos de respeto y de confianza, se dirigen á la mejor, á la más poderosa, á la más tierna, á la más misericordiosa de las madres. Y este amor filial lo sacamos del Corazon mismo de Je-

sús; amamos á María con Jesús, y tratamos de amarla como Jesús la amó. Ella es la que nos dió á Jesús, primero en Belen y después en el Calvario; ¿podrémos bendecirla, amarla demasiadamente?

«Pero, me decia un dia cierta buena y sincera señora protestante, que vacilaba por entonces entrar en el gremio de la Iglesia y que tuvo la dicha de hacerse católica dos meses después; pero ¿cómo es que en el Rosario para un solo *Pater* que se dice, se rezan diez *Ave Marías?* ¿No hay ahí algo de exceso? ¿No es honrar á la Vírgen diez veces más que á Dios?» A lo cual le contesté: «El Rosario es un ejercicio de oraciones especialmente destinado á honrar á la Madre de Dios; y por consiguiente no hay que extrañarse si es á Ella sobre todo á quien directamente se dirige nuestra oracion cuando rezamos el Rosario, y si hay en éste diez *Ave Marías* para un solo *Pater*. Segun el pensamiento del gran Santo Domingo, que fué quien lo instituyó, este ejercicio de oracion en honor de la Madre de Dios debia reemplazar, para los pobres y para todos aquellos á quienes absorbia el trabajo diario, el rezo del *Salterio,* al cual se le estuvo llamando *Rosario* durante algun tiempo. Los quince *Pater* que separan

las ciento cincuenta *Ave Marias,* de que se compone el Rosario entero (y las cincuenta de una tercera parte), son simplemente puntos de parada destinados á recordar á los fieles la meditacion de lo que se llama «los quince misterios del Rosa-«rio,» y que nos traen sin cesar á la memoria los principales hechos de la vida de la Santísima Vírgen en sus relaciones con su Divino Hijo. No hay, pues, nada aquí que pueda asemejarse á un honor más ó menos considerable tributado á la Vírgen á expensas de Nuestro Señor.»

Y luego ¡qué falsa idea, qué falsa manera de mirar la piedad católica queriendo ver en las manifestaciones de nuestro amor á la Vírgen una especie de hurto hecho á Dios! ¡Como si no supiéramos que todas las grandezas, todas las excelencias de la Vírgen y de los Santos vienen de Dios, de solo Dios! ¡Y como si no obedeciéramos á la palabra de Dios alabándole en sus Santos, y en la Reina, en la maravilla de sus Santos, que es su Santísima Madre! ¡Cuántas veces no nos repite la Sagrada Escritura esta bella invitacion: «Alabemos al Señor en sus Santos!» ¿Y en cuál de sus Santos es más admirable este amado Señor que en la Santa por excelencia, en su Madre In-

maculada, á quien ha hecho mil veces más santa que á todos sus Santos, que á todos sus Angeles, y encima de la cual no hay más que El, por ser el Santo de los Santos?

Sépase, pues, que tanto en la oracion de la Iglesia como en el culto católico todo está en su lugar correspondiente: sólo Dios, sólo Jesucristo es allí adorado, porque sólo El es adorable; y todo lo que se añade á este culto soberano á título de veneracion, de respeto y de amor, no es más que el brillo y como el complemento de su culto á sí mismo, haciéndose muy justamente la Iglesia un deber de bendecir y exaltar al Señor en sus obras.

La Santa Madre de Dios ocupa á nuestros ojos el mismo lugar que en un gran reino tiene la madre del rey. María es la Reina Madre del cielo y de la tierra, porque su Hijo es el Rey de ambas partes. Ahora bien, ¿no es en favor del Rey sobre quien redunda todo el honor de los homenajes que sus vasallos tributan á su Madre? Lo mismo puede decirse de la Iglesia: es á Dios, á Nuestro Señor Jesucristo á quien vienen á parar todos los homenajes que nuestra piedad filial no cesa de tributar á su Santísima Madre. Cuanto más honramos y amamos á la Vírgen, más nos bendice y mira con satisfaccion el Señor.

¡Oh mi querido y amigo lector! ¡no temamos nunca amar demasiado á María nuestra Madre! Cuanto más la amemos más nos amará Ella. «¡Oh mi querida Soberana! le decia un dia el H. Alfonso Rodríguez, de la Compañía de Jesús, arrodillado ante una de sus imágenes; ¡oh mi querida Soberana, si supiérais cuánto os amo! Os amo tanto, que Vos no podeis amarme más.» Y apareciéndosele la Santa y dulce Madre de Dios, y mirándole con inefable cariño, le respondió sonriendo: «Te engañas, hijo mio; pues Yo te amo más de lo que tú podrias amarme.»

Como un verdadero hijo de Dios puede y debe honrar á la Santa Vírgen.

Desde luego, como acabamos de decirlo, jamás puede amarla demasiado. Así, el primer homenaje que la Vírgen pide de nosotros es nuestro amor, nuestro amor lleno de ternura, de pureza, de fervor. ¿Qué es lo que ante todo desea una madre de sus hijos, sino ser de ellos amada tierna y sinceramente?

Como consecuencia de este amor filial, María aguarda de nosotros una confianza

sin límites en todas las circunstancias, prósperas ó adversas, de nuestra vida. El papel de la madre es ser el refugio y consuelo de sus hijos en sus penas, la confidente de sus gozos, el sosten de sus esperanzas; ella los levanta, los anima cuando han hecho mal y cuando vienen á derramar en su seno las lágrimas de su arrepentimiento. Nada honra tanto la bondad, la misericordia del corazon maternal de María como esta confianza profunda de sus hijos.

En seguida la Santísima Vírgen exige de nosotros una vida santa é inocente, pues tiene horror al pecado, y busca ante todo en el corazon y en la vida de sus hijos de adopcion la semejanza de su Hijo Jesús. ¿Queremos agradar á la Vírgen y honrarla dignamente? Seamos humildes y obedientes, seamos mansos, pacientes y caritativos, seamos puros, llevemos una vida intachable, hagamos penitencia, oremos mucho, vivamos interiormente unidos á Jesús y muy fieles á su gracia. Entre todas estas hermosas virtudes, no olvidemos que la humildad y la castidad son las que más encantan al Corazon de María.

En cuarto lugar, honremos asiduamente con algunas prácticas piadosas, autorizadas por la Iglesia, á la augusta soberana de

nuestros corazones. Por ejemplo, recemos cada dia con verdadera piedad el Rosario entero, ó una tercera parte por lo menos: esta es la práctica más sencilla y tal vez la más popular de cuantas están destinadas á honrar á la Santísima Vírgen; y, ya en tiempo de Santo Domingo, se habian inscrito ya más de cinco millones de fieles piadosos en la Archicofradía del Santo Rosario. Con el fin de estimular más y más á los cristianos, los Soberanos Pontífices no han cesado de enriquecer el Rosario con innumerables y preciosas indulgencias, las cuales se han hecho después extensivas al simple Rosario de cinco dieces. Si por uno ú otro motivo no pudiéseis rezarlo diariamente, rezad siquiera una parte de él, ó si esto no os fuese posible, una decena por la noche. Esto os acarreará grandes bienes, y llegará un dia en que estas mismas *Ave María* las hallaréis trocadas por vosotros en el cielo en otros tantos rayos de gloria.

Hay muchas personas piadosas que todavía tienen la excelente costumbre, bastante tradicional, de rezar cada dia las *Horas* del Oficio parvo de la Vírgen. Este es un medio tan sencillo como piadoso de renovarse tres ó cuatro veces al dia en el recogimiento y en la oracion.

Si os hallais enfermo ó impedido por alguna razon de orar largamente, decid de cuando en cuando algunas oraciones jaculatorias á la Vírgen, como la invocacion tan conocida de la medalla milagrosa: «¡Oh María, concebida sin pecado, rogad por nos que acudimos á Vos!» O simplemente la invocacion de los sagrados Nombres de Jesús y de María. Un dia que Santa Gertrudis, tendida en su lecho de dolor, sufria de tal manera en la cabeza que no podia acabar una *Ave María,* se contentó sencillamente con pasar por instantes entre sus dedos las cuentas del Rosario, diciendo únicamente á cada una de ellas: *¡Ave, María!* La Bienaventurada Vírgen se le apareció radiosa y le dijo bendiciéndola: «Hija mia, tu amor y tu buena voluntad me han hecho tan preciosas estas cortas invocaciones como si me hubieses ofrecido largas oraciones.»

Tengamos cuidado de llevar siempre con nosotros algun signo de nuestra pertenencia á la Santa é Inmaculada Vírgen María, como una medalla que tenga su imágen, ó el escapulario del Cármen, ó el de la Inmaculada Concepcion. Conservemos si se puede su santa imágen en nuestra habitacion, delante de nuestra mesa de trabajo ó en la

cabecera de nuestra cama. En otros tiempos era un uso casi general el mantener una pequeña luz delante de esta imágen doméstica de la Santa Vírgen en señal de perpetua veneracion. Tan piadosa costumbre subsiste todavía en Italia, el Tirol y en algunos otros países de fe. Te la recomiendo, piadoso lector, si te es posible. Cuando salgas y entres á tu habitacion, hazte un deber natural de acordarte de la Vírgen, pidiéndole siempre su maternal bendicion.

Igualmente te recomiendo que siempre que puedas vayas, segun la santa costumbre de la Iglesia, á visitar los santuarios en los cuales María hace brillar más los efectos de su poder y de su bondad. Obtiénense en estos lugares privilegiados gracias que dejan muchas veces huella en la vida, y vienen á ser socorros maravillosos para la santificacion y salvacion. Las peregrinaciones á los santuarios de la Vírgen, cuando á ellas se lleva una fe viva y gran pureza de intencion, son un medio excelente para honrar á la Madre de Dios.

Tales son, entre muchas otras, las prácticas de piedad por las cuales puede un verdadero cristiano manifestar á la Vírgen su veneracion, devocion y amor.

El amor á la Santa Vírgen: hé aquí, carísimo lector, la segunda flor, la segunda bella rosa que te presento considerándote verdadero hijo de Dios. La primera es el amor al Papa, Vicario de Jesucristo, y su perfume es la fe, es la humilde y santa sumision de la fe.

El perfume de ésta es la esperanza, es la santa pureza. Su lugar natural está al lado de la primera: el amor á la Madre de Dios, al lado del amor por el Vicario de Dios; la dulzura de la esperanza, al lado de la fuerza de la fe; la castidad, al lado de la humildad. ¡Oh perfume celestial, que sube de nuestros corazones hasta el Corazon de Jesucristo y nos prepara el cielo!

Después de estas dos primeras rosas, réstame considerar la tercera, que recordarás, amado lector, no es otra que el amor al Santísimo Sacramento.

EL AMOR AL SANTÍSIMO SACRAMENTO.



III.

EL AMOR AL SANTÍSIMO SACRAMENTO.

Que el Santísimo Sacramento contiene real y verdaderamente el Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo.

Hé aquí mi tercera rosa, rosa de amor como ninguna otra, puesto que es nada menos que el Dios de amor infinito, Nuestro Señor y Salvador Jesucristo.

Verdad es que en el Santísimo Sacramento no podemos verlo con nuestros ojos terrestres, y que el velo impenetrable de las *especies* sacramentales lo oculta á nuestros sentidos; pero no por esto está menos real y verdaderamente presente en medio de nosotros; y si todavía no se nos muestra como lo hará un dia en el cielo es por-

que estamos aquí bajo en el país de la fe y no en el de la vision, en el tiempo de la prueba y no en el del goce. «Un dia verémos allá lo que aquí hayamos creído; y ahora, acá en la tierra, creemos lo que un dia verémos,» dice San Agustin.

Jesucristo presente y oculto bajo los velos del Santísimo Sacramento, hé ahí el gran misterio de la fe y el gran misterio del amor. Pero ¿cómo sabemos con una certeza absoluta que Jesús, verdadero Dios y verdadero hombre, está realmente allí con su humanidad viviente, crucificada y resucitada en otro tiempo, y hoy glorificada por toda la eternidad?

Lo sabemos, lo sabemos infaliblemente, primero, porque El mismo nos lo enseña y afirma con una claridad que no cabe engañarse; y luego, porque su Iglèsia infalible nos lo enseña de parte suya de la manera más formal. «Si álguien, nos dice solemnemente por la autorizada voz del Concilio de Trento, se atreve á decir que el sacramento de la Santísima Eucaristía no contiene verdadera, real y sustancialmente el Cuerpo y la Sangre, así como el alma y la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, y por consiguiente á Jesucristo todo entero; y que Jesucristo no está allí sino en símbolo ó en figura, sea anatema.»

Tal ha sido desde el orígen la fe de la Iglesia; y esta fe se apoyaba en las propias palabras del Hijo de Dios, que es la Verdad misma. Aunque esto no fuera necesario, pues que la enseñanza infalible de la Iglesia bastaba suficientemente para asegurar nuestra fe, Dios quiso que su Evangelio contuviera las mismas palabras por las cuales El habia manifestado á sus Apóstoles este gran misterio de su divino amor.

Hé aquí algunas de ellas que se encuentran el capítulo VI del Evangelio de San Juan: *En verdad, en verdad os digo, que quien cree en Mí tiene la vida eterna. Yo soy el Pan vivo que he descendido del cielo, quien comiere de este Pan vivirá eternamente; y el Pan que Yo daré es mi Carne para la vida del mundo.*

Nuestro Señor hablaba así un año antes de su Pasion. Por esto decia «el Pan que Yo daré,» y no que Yo doy. Debia darlo, y lo dió el Jueves Santo en el Cenáculo, como vamos á verlo.

Añadia: *En verdad, en verdad os digo, que si no comiéreis la Carne del Hijo del hombre y no bebiéreis su Sangre no tendréis vida en vosotros. Quien come mi Carne y bebe mi Sangre, tiene vida eterna, y Yo le resucitaré en el último dia. Porque*

mi Carne verdaderamente es comida, y mi Sangre es verdaderamente bebida. Quien come mi Carne y bebe mi Sangre, en Mi mora, y Yo en él.

Tales son textualmente los oráculos del Hijo de Dios, que no tienen necesidad de comentario. A pesar de todas sus tentivas, los ministros protestantes no han logrado alterar la evidencia de ellos; y la doctrina católica sobre la presencia real de Nuestro Señor Jesucristo en la Eucaristía resalta con tanta claridad como la luz que resplandece del sol.

No hay que objetar: «Pero ¿cómo puede ser eso? ¿Cómo el Cuerpo del Señor puede estar así simultáneamente presente en el cielo y sobre la tierra? ¿Cómo puede estar contenido su verdadero Cuerpo todo entero en una hostia pequeña?» y otras dificultades por el estilo. Aquí no cabe más que someterse y adorar: no hay más sino creer lo que dice el mismo Hijo de Dios. Estamos seguros de que no puede engañarse, y que lo que El dice es la verdad.

En el Cenáculo, un año después, Jesús instituyó el gran Sacramento que habia prometido. Aquí tambien, si la claridad y evidencia son desesperantes para los incrédulos, son bien consoladoras para los

hijos fieles de la Iglesia y discípulos sumisos de Jesucristo. *Tomad y comed todos de él,* dijo el Salvador á sus Apóstoles, *porque este es mi Cuerpo... Tomad y bebed todos de él, porque este es el cáliz de mi Sangre.* Es Jesús quien lo dijo, el que es la Verdad eterna. «Este es mi Cuerpo, ésta es mi Sangre.» Luego es eso; luego, comprendamos ó no, es preciso creer.

¿No estamos profundamente, absolutamente seguros de estar en lo cierto ante esta doble afirmacion: la de Nuestro Señor Jesucristo y la de la Santa Iglesia?

¡Oh! ¡qué dicha la de uno ser católico! ¡qué certidud en la fe! y al mismo tiempo ¡qué sublimidad, qué tesoros de luz y de amor, qué consuelos para el espíritu y el corazon que nadan, por decirlo así, en las aguas puras y pacíficas de la verdad!

La Eucaristía es Dios con nosotros; es Jesús con nosotros, cerca de nosotros, durante todos los dias de nuestra peregrinacion. Es nuestro dulce «Emmanuel» presentando constantemente á cada uno de nosotros, á través de todos los siglos y sobre toda la superficie de la tierra, todos los misterios de su vida mortal, sufriente y triunfante, y renovando así de una manera más íntima todavía y más santificante todas las misericordias de su Encarnacion.

¡Dichoso el hombre que conoce y ama como es debido á Jesús, su amigo y su Redentor! Camina hácia el cielo, y tiene por guia y compañero á Aquel que es Rey y Señor del cielo!

Cómo el amor del Santísimo Sacramento se confunde con el amor de Jesucristo, con el amor de Dios.

Amar al Santísimo Sacramento es amar á Jesucristo; y amar á Jesucristo es amar á Dios. ¿Cómo seria de otro modo cuando el Santísimo Sacramento contiene á Jesucristo realmente presente y viviendo en medio de nosotros bajo los velos eucarísticos, y siendo Jesucristo, tambien bajo el velo de su adorable humanidad, el solo verdadero Dios vivo y eterno, en unidad del Padre y del Espíritu Santo?

Aquellos que, como los judíos y los deístas, se imaginan poder complacer á Dios y adorarlo dignamente rehusando creer en Jesucristo, adorar y amar á Jesucristo, se engañan de medio á medio. Y es Nuestro Señor quien se lo declara en su Evangelio. Asimismo se engañan completamente los que, como los protestantes, se imaginan

poder complacer á Jesucristo y adorarlo dignamente rehusando creer en el gran Sacramento de su amor. Esos tales se hacen una religion de fantasía: no van á buscar á Jesucristo allí donde está, en las manos y sobre los altares de su Iglesia, y por eso no le hallan. Sólo el católico fiel conoce plenamente, sirve, ama, posee á su Dios y vive en El, de El y por El.

Guardemos preciosamente nuestro tesoro Jesucristo, único necesario en el tiempo y en la eternidad.

Que un cristiano que cree buenamente en el Santísimo Sacramento del altar, se hace un deber de visitarle.

Refiere el Evangelio que encontrando Nuestro Señor al ciego de nacimiento algunos dias después de su milagrosa curacion, le dirigió esta significativa palabra: *¿Crees tú en el Hijo de Dios?—¿Y quién es, Señor,* preguntó este hombre, *á fin de que yo crea en El?—Es el mismo que te ha hablado,* respondió Jesús. Y en seguida el ciego de nacimiento se prosternó delante de El y le adoró diciendo: *¡Creo, Señor!*

Así es el hombre de fe delante del San-

tísimo Sacramento. La fe lo pone de rodillas delante de su Señor y su Dios, presente y oculto en el tabernáculo.

Ante todo, la fe en el Santísimo Sacramento nos impone á todos la grande y dulcísima obligacion de visitarlo, y de tributar allí en toda ocasion á Nuestro Señor Jesucristo todos los deberes de la religion más profunda, no sólo interior, sino exteriormente; no sólo en particular, sino tambien en público.

Si tuviésemos fe «grande como un grano de mostaza; si creyésemos de veras, es decir, práctica y eficazmente en el Santísimo Sacramento del altar, seríamos atraídos hácia el tabernáculo como por una especie de iman invencible, y aprovecharíamos toda ocasion, toda circunstancia, para ir á Jesucristo en su adorable misterio. Nuestras iglesias estarian siempre llenas y con vida; cada uno de nosotros, sin descuidar nada de sus otras obligaciones, tendria tiempo suficiente y á veces sobrado para ir á visitar y adorar á Jesús, para descubrirle los secretos y necesidades de su alma, santificarse é inflamarse al contacto suyo, recibir sus divinas influencias, y avivar en la oracion su union con El. El tabernáculo es, en efecto, «el trono de la gracia, de

donde mana la misericordia,» y con la misericordia todos los santos goces de la salud.

Pero ¡ay! ¡cuántas veces está Nuestro Señor solitario en sus altares, abandonado de los más, y poco y mal adorado por la mayor parte de sus servidores! Aun entre sus íntimos, entre aquellos á quienes se complace en colmar de favores, encuentra Jesús pocos fieles verdaderos que lo adoren con celo y fervor como El gusta ser adorado!

Esto sucede por la poca fe que nos anima. La fe está, no apagada, sino como adormecida en nuestro corazon; y olvidamos al Dios de amor, que jamás nos olvida, y que siempre nos aguarda con los brazos y el Corazon abiertos en el fondo de su tabernáculo.

Que debemos prodigar al Smo. Sacramento toda suerte de respetos religiosos.

Es preciso prodiguemos á la Santa Eucaristía toda suerte de respetos y de honores. Esta es consecuencia necesaria de nuestra fe en la santa presencia de Nuestro Señor.

Sentado esto, no hay que omitir nunca las genuflexiones al entrar y al salir de la

iglesia: me refiero á la hermosa genuflexion litúrgica que consiste en doblar la rodilla derecha hasta el suelo, y que se hace, no por salir del paso, no por rutina, sino con pausa, religiosamente, en union del alma que se humilla delante de Dios y le adora. Pocas son las personas que hacen santamente la genuflexion.

Debe hacerse ésta cuantas veces se presenta uno ó pase delante de Jesús en el Santísimo Sacramento; y esta regla no sufre ninguna excepcion. Ella obliga á los seglares y á los sacerdotes, á los niños y á las personas mayores. Nada es insignificante tratándose del Santísimo Sacramento. Así vemos en la vida de los Santos, que los más grandes servidores de Dios han dado una importancia considerable á las menores prescripciones destinadas á rodear de respeto al Santísimo Sacramento. San Carlos Borromeo, San Ignacio, San Francisco de Sales y San Vicente de Paul no toleraban ninguna infraccion á estas reglas de la liturgia ni en los demás ni en ellos mismos.

Con más razon todavía no debe uno permitirse hablar inútilmente en las iglesias donde esté el Santísimo Sacramento, disiparse y tomarse allí ciertas libertades, in-

significantes si se quiere por sí mismas, pero que siempre son incompatibles con el respeto religioso que debe llenar el alma de un cristiano en presencia de Nuestro Señor. Más aún que en el salon de la persona más respetable, que en el palacio del príncipe más grande, se prohibe aquí la disipacion.

Pero sobre todo cuando está expuesta Su Divina Majestad, debemos redoblar nuestra fidelidad en el cumplimiento de todas estas reglas. Salvo algun impedimento material, es preciso no contentarse entonces con la simple genuflexion; es preciso doblar las dos rodillas hasta el suelo é inclinarse profundamente. Esta prescripcion no es un simple consejo de piedad como algunos pudieran creerlo; es una ley litúrgica á la cual deben conformarse todos cuanto puedan, y que por otra parte es tan hermosa cuanto saludable.

Increíble parece, en efecto, la importancia que tienen todas estas observancias exteriores bajo el prisma de la religion interior, de la conservacion y del desarrollo del espíritu de fe, y por consiguiente de la verdadera piedad hácia la Sagrada Eucaristía. Es la cáscara que envuelve el fruto, y sin la cual pronto é infaliblemente se echaria á perder.

Tambien es imprudencia grande é infidelidad manifiesta no dar la importancia que fuera de desear á estas cosas, que parecen cuestion de lujo á los espíritus frívolos y vulgares. Este es el caso de aplicar la gran regla evangélica: *El que es fiel en las cosas pequeñas, lo será tambien en las grandes; y el que no sea fiel en las pequeñas, no lo será tampoco en las grandes.*

Para los sacerdotes sobre todo y para los discípulos del santuario, esta delicadeza de respeto hácia el Santísimo Sacramento es de una importancia de primer órden.

Además de que para ellos es un deber de estado, esta fidelidad perfecta reaviva sin cesar su fe, su espíritu de religion, su amor hácia Nuestro Señor, y es un principio de edificacion y buen ejemplo para los fieles. Cuanto más santo es un sacerdote, más aplicado se le ve prodigando al Santísimo Sacramento los testimonios de su veneracion. Es una piedra de toque que no puede engañar esta regla: allí donde veais una iglesia bien arreglada, un santuario bien cuidado, estad seguros de que es un verdadero sacerdote, un hombre de fe, un buen y digno servidor de Dios el que allí hay.

El buen ejemplo que aquí deben dar

todos los sacerdotes, debemos nosotros, guardando la justa proporcion, dárnoslo unos á otros; y tambien bajo este punto de vista debemos tener en grande estima el cumplimiento de las reglas exteriores que conciernan al honor del Santísimo Sacramento, pues que sirve para la mutua edificacion. La simple vista de un compañero que ora de corazon arrodillado al pié de los altares, causa á veces más impresion que un sermon, y conduce grandemente al Dios bueno y misericordioso. El ejemplo es poderosísimo tanto para el bien como para el mal.

Algunos consejos prácticos tocante á la visita del Santísimo Sacramento.

Desde luego, amado lector, trata de ser bastante consecuente con tu fe para no pasar ningun dia de tu vida sin ir fielmente á tributar tus deberes de adoracion y de piedad á Nuestro Señor, presente y anonadado por tí en la Eucaristía.

Es este una especie de deber que, si no te ha sido impuesto por un mandamiento formal de la Iglesia, nos ha sido impuesto á

todos por nuestra misma fe y como lógica consecuencia de nuestra santa creencia en la presencia real.

No reside Jesús en el silencio de su tabernáculo por El, sino por nosotros; reside por tí; reside por mí; y como instituyó el Santísimo Sacramento por todos en general y por cada uno en particular, todos y cada uno, cada uno y todos deben agradecer este amor con religion profunda, con toda suerte de sacrificios, y en particular con una fidelidad constante en tomarse el trabajo de ir á visitarle allí donde reside continuamente.

¡Pero cuánto descuido se observa á este respecto! Hagamos tú y yo humildemente nuestro exámen de conciencia, y propongámonos firmemente portarnos mejor en lo sucesivo.

La manera más excelente de visitar á Jesucristo en el Santísimo Sacramento es asistir á la Santa Misa. Cuando se puede es bueno no faltar á ella.

En tiempos pasados, los buenos católicos hacíanse un piadoso deber de ir á Misa todas las mañanas. En los países de fe, todavía sigue tan loable costumbre; y he conocido á pobres gentes del campo que antes de ir al trabajo comenzaban siempre la jor-

nada por la asistencia piadosa al santo sacrificio de la Misa. Respondiendo á este fervor, sus párrocos apresurábanse á celebrarla desde las cuatro y media á cinco de la mañana. En el Tirol, por ejemplo, esta era una costumbre casi general.

Sobre el altar, durante la Misa, Nuestro Señor renueva entre las manos del sacerdote y bajo una forma incruenta el sangriento sacrificio que una vez por todas ofreció sobre su cruz: sacrificio de adoracion infinita, de acciones de gracias infinitas, de expiacion divina infinita, de propiciacion y de amor infinitos, por el cual son expiados todos los pecados del mundo. Asistiendo á la Santa Misa se asiste al sacrificio de nuestra salvacion, únese uno al sacerdote, y saca como él mil ventajas espirituales.

Tengamos mucho cuidado de estar devotamente delante de Dios, sobre todo durante la Misa; si no podemos permanecer de rodillas todo el tiempo que ella dure, guardemos siquiera una postura lo más modesta y religiosa posible, y que nuestro cuerpo participe así de las adoraciones de nuestra alma.

Pero no lo olvidemos; estando dia y noche el Santísimo Sacramento en nuestras

iglesias, podemos visitarlo á cualquier hora, por lo menos allí donde la iglesia puede estar abierta.

Hay personas piadosas que, hallando cerrada la puerta y no pudiendo entrar en la iglesia, hacen su visita desde fuera, humildemente arrodilladas sobre el umbral de la puerta. Hablábanme un dia de cierto jóven fervoroso que, tanto en invierno como en verano, y á pesar de una larga distancia, iba todos los dias á hacer su visita, la cual no interrumpia ni en el tiempo malo. Un dia que la nieve caía á grandes copos, viéronle con admiracion de hinojos á la puerta de la iglesia, inmóvil como una estatua, y todo cubierto de nieve. Estaba tan recogido que parecia no se apercibia de ello.

Pero ¿cómo hacer bien la visita? Los libros piadosos contienen diversos métodos para facilitar á los fieles la visita del Santísimo Sacramento: de ellos he formado un pequeño libro titulado: *Reclinatorio para la visita del Santísimo Sacramento.*

Me contentaré con indicaros aquí los tres principales: 1.° adorar en silencio, del fondo del corazon, y sin otra fórmula especial de peticiones que breves elevaciones ú oraciones jaculatorias. Para las personas algo acostumbradas á la oracion y al recogi-

miento interior, este método es, si no me engaño, preferible á cualquiera otro, y con él sale uno de allí muy unido á Dios; 2.º adorar valiéndose de oraciones vocales más ó menos meditadas y aplicables al Santísimo Sacramento, entre otras los Salmos y el Rosario; 3.º. y último, la lectura meditada del Evangelio, ó de algunos capítulos de la *Imitacion*, ó de las excelentes *Visitas al Santísimo Sacramento* de San Alfonso de Ligorio. Cada cual debe seguir en esto su atractivo. El mejor método es aquel que consideremos nos hace más bien.

Lo que importa es recogerse todo lo posible, no tolerar ninguna distraccion voluntaria, y adorar á Dios lo más profunda y religiosamente posible. Cuanto más se puede estar de rodillas mucho mejor, pues la postura del cuerpo ayuda singularmente al recogimiento del alma.

¡Oh, Señor Jesús! dadnos espíritu de oracion, y dignaos Vos mismo enseñarnos á adoraros!

Un bello ejemplo del poder del Santísimo Sacramento para la conversion y santificacion de las almas.

Tuve la dicha de conocer á un venerable Obispo, misionero de América, que por la devocion al Santísimo Sacramento y por una organizacion muy vasta respecto á la visita ó adoracion hizo verdaderos prodigios en las Misiones de Tejas.

Llegado que hubo á este país con un solo sacerdote, sin recursos, sin ninguna esperanza humana, encontró en la energía de su fe y en el fervor de su amor hácia el Dios todopoderoso de la Eucaristía de qué suscitar, como por encanto, cristiandades enteras.

Al principio apenas se contaban seiscientos cristianos, diseminados aquí y allá. En cuanto á él, desafiando todas las fatigas y todas las privaciones, acostándose á la intemperie durante veinte y ocho años, sin temor á las serpientes, á las fieras, ni á hombres tal vez más peligrosos; atrayendo á sí con sus oraciones y ejemplos nuevos compañeros apostólicos, logró extender tan bien el reino de Jesucristo que,

poco á poco, se fueron formando lugares cristianos, luego poblaciones y después ciudades, de las cuales la iglesia y el tabernáculo eran pronto el centro y el corazon.

Por todas partes establecia entre los hombres, agrupados por decenas, la adoracion perpetua y pública del Santísimo Sacramento, desde el primer dia hasta el último del año. Los jefes de decenas de esta nueva y maravillosa *propagacion de la fe,* velaban en la regularidad del servicio. Cuando una Mision tardaba en producir sus frutos, el santo Obispo ponia en oracion su ejército eucarístico, y jamás, decia, fué larga la resistencia.

Apenas un nuevo centro cristiano era fundado, organizábase allí una nueva adoracion, llamando al pié del altar á los nuevos hijos de Dios, á las nuevos servidores de Jesús y de su Sacramento. «Actualmente, añadia (Julio de 1878), nuestro Tejas cuenta con más de quinientos mil católicos, y cerca de doscientos cincuenta sacerdotes. La Santa Sede acaba de instalar allí una provincia eclesiástica, en la cual seis Obispos van á tratar del desarrollo de la evangelizacion eucarística en este bello y dilatado país, é impedir, Dios mediante, que los francmasones y sectarios protes-

tantes nos arrebaten las almas que hemos conquistado á la gracia de Nuestro Señor.»

¡Oh! si nos penetrásemos todos bien, sobre todo los que somos ministros del altar y padres de las almas, si nos penetrásemos bien del sentimiento que llenaba el corazon de este heroico misionero! Si, por un ferviente amor de Jesús en el Santísimo Sacramento, no viviésemos más que para gloria suya y de la salvacion de las almas, ¡cuántas maravillas obraríamos áun en los países más malos!

Renovémonos, pues, cuanto podamos en el espíritu de fe. Para reavivarlo en nosotros, acudamos á la fuente de toda gracia, presentémonos á las luces ardientes del tabernáculo; vayamos á adorar, á adorar más, á adorar más santamente á nuestro Salvador. Vayamos allí por nosotros y por los demás; vayamos allí por el amor y para consuelo de nuestro dulcísimo Salvador, que espera de nosotros este grande testimonio de fe y de fidelidad.

Así cumplirémos con el primer deber que nos impone nuestra fe en el Santísimo Sacramento: la adoracion, el respeto, y lo que pudiera llamarse el temor religioso del Señor. Este temor, hijo de la fe, es la base y salvaguardia del amor.

Una palabra sobre las obras de la adoracion eucarística.

Ya que hablamos del poder maravilloso de la adoracion ó visita del Santísimo Sacramento, no será inútil señalar aquí á la piedad del lector lo que llaman «Obras eucarísticas.» Su extension en Francia y otros países en estos últimos tiempos es uno de los más grandes motivos de nuestras esperanzas.

La más general de todas, la que florece en muchas de nuestras diócesis, es la *Adoracion perpetua*. El Santísimo Sacramento está expuesto sucesivamente en cada iglesia ó capilla de la diócesis durante uno, dos ó tres dias; todos los fieles de la parroquia y de la vecindad están invitados á venir á tributar sus homenajes al Dios de la Eucaristía, á adorarle y á reparar así públicamente los ultrajes de los impíos y de los blasfemos. En los países de fe, casi todo el mundo se aprovecha de estos dias de adoracion para hacer una buena y piadosa Comunion. Es como una especie de mision eucarística que da cada año la vuelta de la diócesis. No podria hacerse cosa

mejor que establecer la *Adoracion perpetua* allí donde todavía no existe.

Como complemento de esta grande adoracion pública, que comienza por la mañana y acaba por la tarde, existe para los hombres la *Adoracion nocturna,* la cual enlaza unas con otras cada una de estas santas jornadas, y hace la adoracion verdaderamente perpetua. En París y en algunas otras grandes ciudades, la *Adoracion nocturna* está en pleno vigor y prosperidad. Los generosos cristianos que forman parte de ella confiesan unánimemente que nada hay tan santificante, tan delicioso como estas horas de silenciosa adoracion.

¡Qué beneficio, en efecto, como hallarse así, en una paz profunda, frente á frente con Jesucristo, adorarle en nombre de los que no le adoran, reparar y pedir misericordia por tantos miles y miles de pecados como entonces precisamente se cometen en el mundo!

La adoracion reparadora todavía es practicada con más perfeccion, aunque en menor escala, en multitud de conventos de hombres y de mujeres, todos abrasados de amor por Nuestro Señor Jesucristo y del deseo de compensar á sus divinas plantas las ingratitudes, las irreverencias y los sa-

crilegios de que es víctima ¡ay! todos los dias en el Sacramento de su amor. Hay en estas santas casas verdaderas maravillas de fervor, de penitencia, de amor, de celo reparador. Todas estas almas entran á porfía en los designios misericordiosos de Jesús, puesto que cuando se dignó revelar, hace doscientos años, á la bienaventurada Margarita María los misterios de su Sagrado Corazon, llamó al mundo entero al pié de los altares para obtener misericordia mediante la adoracion reparadora. Visitandinas, carmelitas, benedictinas, dominicanas, franciscanas, ursulinas, todas entraron entonces con ardor en la idea del Salvador y rivalizaron en piedad en las obras eucarísticas.

En nuestros dias, la santa Compañía de Jesús ha propagado por el mundo entero la obra incomparable de la *Comunion reparadora*, que cada mañana presenta al Señor más de cien mil Comuniones en expiacion de todos los crímenes públicos y privados.

En fin, por todas partes se han organizado Asociaciones de señoras piadosas, que bajo el nombre de *Obra de los Tabernáculos* ó de las *Iglesias pobres,* tienen el cargo de trabajar con sus propias manos y de imponerse toda suerte de sacrificios para ve-

nir en ayuda de la pobreza dolorosa en que se encuentran tantas iglesias campestres, privadas de ornamentos convenientes, de lienzos sagrados, de lámpara para el santuario y de todo lo que es esencial al culto del Santísimo Sacramento.

Por lo que toca á los hombres, con su agregacion á las Cofradías del Santísimo Sacramento pueden, diré más, deben manifestar en torno de ellos su fe y su amor hácia el Dios de la Eucaristía. Gracias al cielo, estas Cofradías se multiplican y desarrollan por todas partes, hasta en nuestras parroquias del campo. Es incalculable la impresion saludable que producen en las masas estas largas filas de hombres y de jóvenes acompañando, con velas encendidas en la mano, las procesiones del Santísimo Sacramento. Y luego ¡qué golpes tan mortales para el respeto humano! ¡qué modo de alentar á los que quisieran tambien mostrarse cristianos, pero que no tienen fuerza para ello! Una imponente procesion de este género inaugura cada año en Nuestra Señora de París el ciclo de la Adoracion perpetua, y reune algunos miles de hombres de toda edad y condicion que, con una vela en la mano, cantan con admirable armonía las glorias del Santísi-

mo Sacramento, que lleva el venerable Arzobispo.

Sin duda habeis oído hablar de las grandes peregrinaciones eucarísticas, que de algunos años acá han conmovido profundamente á nuestra pobre Francia: las procesiones de las Cofradías más modestas constituyen para cada parroquia una especie de pequeña peregrinacion mensual, que reaviva mucho la fe y la piedad, cuando, respondiendo el celo de los feligreses al celo del párroco, agrupa en derredor del Santísimo Sacramento un número más ó menos considerable de cristianos animosos.

¡Oh querido lector! coopera cuanto puedas á estas Obras tan excelentes! Haz limosna á Jesucristo en su tabernáculo, pero ante todo dale lo que tanto desea, tu corazon, con el testimonio público de tu fe.

Que no basta adorar á Jesucristo en el Santísimo Sacramento, sino que además es preciso recibirle en la santa Comunion.

No sólo para vivir exteriormente con nosotros sobre la tierra instituyó Jesucristo la Sagrada Eucaristía, sino más especialmente para darse á nosotros como ali-

mento sobrenatural de nuestras almas, como Pan vivo bajado del cielo, á fin de que los que le recibieran estuvieran continuamente sostenidos y fortificados en la vida de la gracia, y en ella conservados para la vida eterna. Segun expresion de Dios, la Eucaristía es el alimento celestial del cristiano sobre la tierra; y lo que el alimento material es para la vida del cuerpo, la Eucaristía lo es para la vida del alma.

Por esto al instituir este Sacramento adorable, el Hijo de Dios quiso revestirse de él con el signo exterior del pan y del vino, para hacernos comprender bien que su Cuerpo es *verdaderamente comida* y su sangre *verdaderamente bebida,* como expresamente lo declara en el Evangelio. Asimismo habia dicho: *Yo soy el Pan de vida. Soy el Pan vivo bajado del cielo. Si álguien come de este Pan vivirá eternamente. Si no comeis la carne del Hijo del hombre, y si no bebeis su sangre, no tendréis la vida en vosotros.*

Luego la voluntad expresa del Salvador es que le recibamos comulgando, y que adorándole profunda y religiosamente en su grande misterio, vayamos á El como divino alimento nuestro, como Pan vivo que es de las almas.

El tabernáculo donde reside este Pan de vida, no es para El sino un lugar de paso, como su nombre lo indica. *Tabernáculo* quiere decir *tienda,* tienda de viajero. Descendiendo del cielo entre las manos de sus sacerdotes por la omnipotencia de la consagracion, Nuestro Señor es depositado por cierto tiempo en el tabernáculo del altar: su casa, como dice el apóstol San Pablo, su morada viviente somos nosotros los cristianos, templos santos del Dios de toda santidad: «Jesucristo está en su morada, y esta morada somos nosotros; *Christus in domo sua, quæ sumus nos.* (Epístola á los hebreos).

Es ahí, en el lugar de descanso que El se ha escogido y levantado con sus manos creadoras, á donde quiere venir, en donde quiere establecerse perpetuamente para vivir y reinar, acá en la tierra por la gracia y la Eucaristía, esperando viva y reine después eternamente en la gloria. Luego en el silencio de su tabernáculo nos aguarda, nos desea, nos llama. *Toma y come,* dice con amor á cada uno de sus fieles; *toma y come, porque esto es mi Cuerpo.*

Union y Comunion: tal es la gran ley de la vida de nuestras almas. Union espiritual y sobrenatural del cristiano con Jesucristo

en el misterio de la gracia; comunion sacramental en el Cuerpo y en la Sangre de este mismo Señor Jesucristo en el misterio de la Eucaristía. Esta union, comenzada en el Bautismo, y desarrollada por todos los elementos de la vida cristiana, por la oracion, por los ejercicios de piedad, etc., es alimentada, fortificada, consumada por la comunion eucarística, que nos da á Jesucristo todo entero, que une íntimamente su carne divina á nuestra carne, su sangre á nuestra sangre, su alma á nuestra alma, su divinidad á nuestra pobre humanidad terrrenal, frágil, miserable y pecadora. ¡Oh! ¡qué prodigio de amor! ¡qué abismo de bondad, de misericordia y de condescendencia!

Es, pues, preciso comulgar. Es menester comulgar para vivir. En el órden espiritual como en el material, cualquiera que rehuse ó descuide comer comienza por destruírse, y acaba necesariamente por morir. No hay excepcion en esta regla.

Y no solamente es preciso comer para conservar la vida, sino que debe comerse suficientemente. ¿De qué nos serviria vivir si, faltos de alimento, nuestras fuerzas se agotaran y no pudiéramos ejercitar útilmente nuestras facultades y nuestras po-

tencias? Lo mismo es con respecto del alma. Nuestro Señor quiere que la alimentemos con la Comunion, de tal suerte que no sólo podamos conservar esta vida tan preciosa, es decir, vivir siempre en estado de gracia, sino tambien gozar de una buena salud espiritual, servir á Dios con energía, y practicar valientemente todas las bellas cualidades que constituyen la vida verdaderamente cristiana.

Tal es, bajo el aspecto de la Comunion, la voluntad de Dios acerca de los hijos todos de su Iglesia; y hé aquí por qué, todos sin excepcion, están obligados bajo pecado mortal ó de ser considerados como unos ingratos y locos, á responder por la comunion á la institucion del Sacramento de la Eucaristía, y á obedecer al Dios de misericordia y de amor que, presentándoles el Pan de vida, les dice: *Tomad y comed, porque éste es mi Cuerpo.*

Que es preciso comulgar santamente.

No es cuestion el comulgar de cualquiera manera, sino que es necesario comulgar bien, comulgar con las buenas disposiciones requeridas, en una palabra, comulgar

santamente. *Sed santos, porque Yo soy Santo,* dice Jesucristo á todos los cristianos, y especialmente cuando se acercan á recibirlo en el Santísimo Sacramento.

Pero aquí hay necesidad de hacer una distincion importantísima, cuyo olvido ha producido dos excesos deplorables, ambos reprobados por la Iglesia, á saber: el exceso del rigorismo, y el exceso de la relajacion; el exceso de los que piden demasiado, y el exceso de los que no piden bastante.

Esta distincion lleva sobre sí la idea de que es menester tener santidad en lo que se refiere á la comunion. Hay, en efecto, un grado de santidad absolutamente requerido para que la Comunion sea buena y provechosa; y otro grado, ó por mejor decir, otros grados de santidad que, sin ser de todo punto necesarios, son sin embargo deseables.

El grado de santidad absolutamente necesario para comulgar dignamente es hallarse uno en estado de gracia, y que se tenga en el fondo del corazon la buena y sincera voluntad de evitar en lo sucesivo el pecado mortal, así como las ocasiones próximas del mismo pecado. *Es preciso,* para hacer una buena Comunion, que al recibir

á Nuestro Señor se tenga actualmente este firme propósito y esta buena voluntad. Pedir más, es pedir demasiado, es pedir más de lo que pide Nuestro Señor y su santa Iglesia. En lo que toca al estado de gracia, no olvidemos la regla tan prudente impuesta por el Concilio de Trento á los que hubieran tenido la desgracia de cometer algun pecado mortal; sea cualquiera la sinceridad, la vivacidad, la perfeccion de su contricion, ellos no deben permitirse comulgar sin previamente confesarse y haber recibido la absolucion.

Tal es, pues, el grado de santidad exigido por la sana teología católica para que una Comunion sea buena y suficientemente santa.

¿Cuáles son ahora las disposiciones que se deben llevar para que una Comunion sea piadosa y santa en el sentido ordinario de estas palabras? Además de las que acabamos de indicar para la Comunion suficientemente buena, es preciso llevar una preparacion y una accion de gracias más atentas y recogidas; mayores esfuerzos para que ella sea mejor, para corregirse de sus defectos, para renunciar más valerosamente á lo que en nosotros tienda á disminuir la pureza de conciencia y la delicadeza del

amor de Dios; es preciso más celo para la oracion, más humildad y mortificacion; en una palabra, un amor más verdadero, más generoso hácia Nuestro Señor, y una voluntad más resuelta de evitar cuanto le desagrada, de serle muy fiel y de pertenecer todo á El.

Estas son las disposiciones que debe uno esforzarse en tener para hacer lo que se llama ordinariamente una Comunion piadosa, una buena y santa Comunion.

Digo que «debe uno esforzarse» en tener estas disposiciones, y no que sean absolutamente indispensables, pues aunque serian mucho de desear no son necesarias, aun para una piadosa y santa Comunion, sino en una medida que varia segun las necesidades del alma; por esta razon no deben ser exigidas en la práctica de una manera absoluta. Esta exigencia imprudente ha sido el escollo de lo que han llamado la escuela jansenista, que ha desalentado y perdido á tantas almas, primero haciéndolas desertar poco á poco de la santa Mesa, y despues del confesonario. En éste como en otros muchos casos, aquello que se ha considerado falsamente lo mejor para el bien, ha sido lo peor.

En la práctica procuremos, pues, obte-

ner las disposiciones lo más perfectas que sea posible; pero cuando esto no logremos, contentémonos con las menos imperfectas y con la buena voluntad ordinaria con que se digna contentarse la misericordiosa bondad de Nuestro Señor.

Esto sea dicho en general, pues si una alma en particular hubiera recibido de Dios gracias especiales, veríase obligada, no á hacer lo estrictamente necesario, sino á dar mucho á Aquel de quien mucho ha recibido. Pero áun cuando ella no correspondiera como conviene al amor de Dios, su Comunion no seria menos santa, y no dejaria por eso de proporcionarle cierta medida de gracia y de socorro.

En lo que toca á la Comunion, tengamos mucho cuidado de no confundir, como hacen los rigoristas, lo que es deseable con lo que es necesario; no nos privemos ni privemos á los demás del beneficio de una Comunion suficientemente santa bajo el especioso pretexto de que queremos una más santa. Hagamos todo lo posible para que ella sea santa y muy santa; nada mejor: pero si tenemos la dicha de sentirnos en estado de gracia, no olvidemos que con esto somos bastante santos para poder comulgar de una manera agradable á Dios y á la

vez útil para nuestra alma. En esta buena Comunion, que llamaré del primer grado, sacarémos *siempre* un aumento de gracia santificante con nuevas fuerzas para amar y servir bien á Nuestro Señor.

Que si á la primera vez no logramos subir hasta arriba la escalera de la santidad, á lo menos nos mantendrémos en el primer escalon, lo cual es ya mucho, y no lo obtendríamos sin el socorro de esta buena Comunion.

Y ahora, querido lector, ¿comprendes bien cómo son igualmente verdaderas, á pesar de su aparente contradiccion, estas dos proposiciones cuya confusion ha turbado y turba aún todos los dias muchas conciencias: 1.° es preciso ser *santo* para comulgar bien; 2.° es preciso comulgar para llegar á ser *santo*. Es necesario el primer grado de santidad para hacer una buena Comunion. En seguida, con este primer grado que es el *minimum*, es menester comulgar, comulgar lo mejor que se pueda, para adquirir con el fruto de esta Comunion nuevos grados de santidad. En los dos casos y para todos los buenos cristianos que comulgan, la Comunion en cualquiera grado es una *santa* Comunion.

Cómo Jesús en el Santísimo Sacramento es el refugio y la salvacion de los pobres pecadores.

En el misterio de la Eucaristía como en el misterio de la Encarnacion todo es misericordia y amor; y ello es muy sencillo, pues que Jesús, ante todo, es acá en la tierra el buen Pastor de nuestras almas y nuestro dulce Salvador. No es en este mundo donde El juzga y condena: la justicia que condena y fulmina á los pecadores la tiene en reserva, en la eternidad, para aquellos que en este mundo no hayan querido considerarlo como Salvador. Esta bondad misericordiosa es una de las razones de los anonadamientos á que lo han reducido su compasion y su amor; por atraer á El á los pecadores se hizo tan pequeño, primeroen la Encarnacion y luego en la Eucaristía. *Venid á Mí,* decia á los pecadores, *venid á Mí todos los que estais fatigados y abrumados bajo la carga, que Yo os aliviaré.* Hoy no por sí mismo los llama á su tabernáculo, al Sacramento de su amor, sino por la palabra y por el celo de sus sacerdotes; á ellos confia el cuidado

de abrirle los corazones, de traerle y hacer sentar al banquete eucarístico á esa multitud de pobres, de enfermos, de ciegos, de estropeados que, libres de los harapos del pecado mortal, y revestidos por el arrepentimiento y la absolucion del blanco ropaje de la gracia, son invitados en nombre suyo á tomar asiento en el festin nupcial.

Los fieles ministros de Jesús no deben olvidar el gran precepto evangélico: *Compelle intrare*. Hacedlos entrar; excitadlos, empujadlos. Revestidos como están del blanco ropaje, se acuerdan sin embargo de que no son sino pobres que están en presencia del gran Rey Jesús; y por una timidez y respeto naturales, no entrarian si vosotros, mis buenos y fieles servidores, no los indujéseis á ir allá.»

Los primeros que tal vez no osarian entrar son los pobres pecadores á quienes se les han perdonado grandes faltas en el sacramento de la Penitencia. Sienten su profunda indignidad y están tentados de decirse: «Hemos pecado demasiado; y por

más que estemos perdonados, no nos atrevemos á recibir el Santo de los Santos.» Sí; pero este Santísimo Jesús, es aquel mismo que, por medio de sus ministros, os ha perdonado y purificado; y uno de los maravillosos efectos de la union á la cual os convida es acabar, por la gracia sacramental de la Comunion, la obra de una completa resurreccion que ha comenzado en el sacramento de la Penitencia. La Comunion, en efecto, purifica más y más el alma fiel; ella hace desaparecer, bajo la accion del amor divino, las cicatrices de los antiguos pecados; y la teología nos enseña que cuando aquélla es ferviente y llena de amor, su poder alcanza hasta prevenir enteramente las llamas expiatorias del purgatorio. Así, pues, los grandes pecadores que ya han sido perdonados, á fin de satisfacer por las culpas de su vida pasada deben ir al Salvador, y arrojarse con humilde amor en las llamas de su Sagrado Corazon. «No hay pérdida espiritual que no pueda ser reparada mediante una digna recepcion del Cuerpo de Jesucristo,» dice Santa Gertrudis.

Por otra parte, los pecadores arrepentidos todos tienen más ó menos el temor demasiado fundado de recaer en el pecado, y más de uno estaria tentado á no comulgar. No olviden éstos que precisamente para preservarse de las recaídas deben ir á su Salvador en el Santísimo Sacramento. La Sagrada Comunion no es efectivamente una recompensa de la virtud adquirida, sino un antídoto y un medio para no recaer. Ella nos ha sido dada por Nuestro Señor, segun lo dice terminantemente el Concilio de Trento, «para preservarnos de los pecados mortales, *ut à peccatis mortalibus præservemur*.»

Este punto de vista esencial, en la práctica de la vida cristiana y de la piedad, ha sido falseado por los jansenistas, pues que trastornando las cosas han querido hacer de los sacramentos de la Penitencia y Eucaristía una institucion de justicia rigurosa, en vez de presentarlos como una institucion de misericordia y de perdon, de santificacion, de union y de amor.

Nó, el Santísimo Sacramento no fué instituído para los Angeles ni para los Santos del paraíso; sino para nosotros, pobres pecadores de la tierra, que á pesar de nuestra

buena voluntad, á pesar de nuestro sincero amor por Dios, no por eso estamos menos expuestos todos los dias á los asaltos del demonio, á las tentaciones de la carne y á las mil seducciones del mundo.

La Eucaristía es el gran medio ofrecido al cristiano para vivir en estado de gracia, para afirmarse y fortalecerse en este felicísimo estado, para triunfar de los enemigos de la salvacion, y en fin para adelantar en el camino de la perfeccion. Sin Nuestro Señor nada podemos; mas en la Comunion El viene á nosotros en persona para unirse á nosotros y nosotros á El, aumentando en nuestras almas el tesoro de la gracia santificante, y acompañando la recepcion de su Cuerpo y de su Sangre de una porcion de gracias actuales que nos ayudan grandemente á evitar el pecado y á practicar las buenas virtudes cristianas. La santa Comunion es, pues, á la vez el gran remedio de nuestra enfermedad y el gran medio de nuestra santificacion.

El Concilio de Trento añade que Nuestro Señor instituyó este Sacramento «para librarnos de nuestras faltas cotidianas, *et à*

culpis quotidianis liberemur.» Estas faltas cotidianas que á cada instante se escapan á nuestra fragilidad son los pecados veniales. Aquí tambien no debemos privarnos de la Sagrada Comunion porque después de recibida la absolucion hayamos cometido algun pecado venial; por ejemplo: una mentira leve para excusarnos, una impaciencia, una desobediencia en materia insignificante, algunas distracciones en la oracion, un poco de vanidad ó de presuncion, un poco de descuido en rechazar la tentacion, etc.

Abstenerse de la Sagrada Comunion por estas miserias, y creerse obligados á confesarlas antes, seria falsear de un modo extraño la conciencia. No es tanto la Confesion como la Sagrada Comunion la que, en el pensamiento de Dios, está destinada á librarnos de estos pecados veniales, de estas faltas corrientes. El *Catecismo del Concilio de Trento* está terminante en este punto. «No puede dudarse, dice, que la Eucaristía tenga la virtud de remitir y borrar los pecados menos graves que generalmente se llaman veniales.»

Tampoco deberá uno abstenerse de comulgar porque tema recaer en esta especie de faltas. Es por esto mismo que debemos

ir á Jesús y á su Sacramento de fuerza y de amor. Al entrar en nuestro pobre corazon Jesús aniquila en seguida, con su santa presencia, cuantos pecados veniales encuentre, siempre, por supuesto, que nosotros no los queramos; y además El nos trae nuevas gracias para evitarlos en lo sucesivo cuanto se pueda.

En una de sus más bellas visiones, Santa Gertrudis oyó un dia que Nuestro Señor le decia, para consolarla, que El mismo era el suplemento de lo que faltaba á sus fieles para ser dignos de El y de la Sagrada Comunion. Y añadia con bondad: «¿Estás contenta ahora?—Lo estaria, dulcísimo Jesús mio, respondió, si no faltara una cosa. No dudo habréis borrado mis culpas y negligencias pasadas; pero conociendo la inclinacion que tengo al mal, voy á recaer pronto en mis miserias.—Me daré tanto á tí, le respondió entonces el Salvador, que no solamente repararé tus negligencias pasadas, sino tambien y por completo las miserias en que pudieras recaer todavía; pero con la gracia de mi Sacramento trata de conservarte pura de todo pecado.—¡Ay, Señor! replicó Gertrudis, temo mucho no cumplir esta condicion como convendria. Enseñadme, pues, Vos ¡oh el más dulce de

los maestros! cómo podré borrar las manchas que haya contraído.—No las dejes envejecer en tí, le respondió Jesús; mas desde el momento que notes alguna di con humildad y fervor: «¡Señor, tened piedad de mí!» ó bien: ¡Jesús, mi único Salvador, perdonadme!»

Luego, acercándose la Bienaventurada á recibir el Cuerpo del Señor, vió en seguida su alma transparente como un cristal puro y resplandeciente como la nieve. Jesucristo con su divinidad, á quien acababa de recibir, hallábase milagrosamente encerrado en este cristal luminoso y resplandecia en su centro como oro.

Tal es, guardando la debida proporcion, la bondad infinita de Jesús en el Santísimo Sacramento por cada uno de nosotros. Su amor no quiere que por un respeto falso nos alejemos de Él á consecuencia de nuestras pasadas caídas y de nuestras miserias presentes ó futuras. Es este un amor salvador, santificador, que arroja lejos el temor servil y no olvida nunca, en la Santa Mesa, que el mejor de todos los respetos consiste en amar y comulgar santamente.

Que no basta comulgar santamente, sino que es preciso además comulgar con frecuencia.

Este es el voto expreso de la Iglesia y su doctrina invariable desde el orígen de la predicacion apostólica. ¿Y cómo seria de otro modo, puesto que la Comunion es el gran medio dado por Nuestro Señor á su Iglesia para preservar á los fieles del pecado, para fortalecerlos en los combates de la vida, para santificarlos en todos los estados y en todas las edades, y para conservar sus almas en la gracia y en la santidad? «Que el Cuerpo de Nuestro Señor, dice ella al darnos la Santa Eucaristía, guarde tu alma para la vida eterna.»

«La Sagrada Comunion, dice San Francisco de Sales, es el medio de alcanzar la perfeccion; pero es preciso recibirla con el deseo y cuidado de quitar de su corazon todo lo que pudiera desagradar á Aquel á quien queremos hospedar. Cualquiera que recibe á menudo la divina Eucaristía, afirma de tal manera la salud y vida de su alma, que es casi imposible sea contagiado de ninguna aficion mala. No puede uno alimentarse

con esta carne de vida y vivir con afectos de muerte, de modo que, así como los hombres cuando estaban en el paraíso terrenal podian no morir corporalmente por la virtud de este fruto vital que Dios habia puesto en él, así no pueden morir espiritualmente por la virtud de este Sacramento de vida. Los cristianos que se condenen nada tendrán que replicar cuando el justo Juez les haga ver su necedad de morir espiritualmente pudiendo, con gran facilidad, mantenerse vivos y sanos comiendo su santísimo Cuerpo que para este fin les habia dejado. Comulgad, pues, con frecuencia.»

La doctrina *oficial* de la Iglesia relativa al uso de la Santa Comunion, está resumida de la manera más explícita y sencilla en el célebre *Catecismo del Concilio de Trento,* dicho *Catechismus ad parochos;* libro admirable en el cual han trazado los teólogos de la Santa Sede las bases de la enseñanza que los pastores de las almas deben distribuir á todos los fieles.

«El *Catecismo del Concilio de Trento,* dice el sabio Mons. Doney, antiguo obispo de Montaubant, fué aprobado y recomen-

dado en un gran número de Bulas por San Pio V y por Gregorio XIII su sucesor. San Carlos Borromeo obligó á todos sus clérigos hicieran de él una lectura asidua desde la edad de diez años, y que todos sus sacerdotes lo tuvieran en sus bibliotecas. En los diferentes Concilios que tuvieron lugar en Francia y en Italia se ordenó á los sacerdotes lo estudiaran con gran cuidado para que en la enseñanza á los fieles no se les escapara nada contrario á la doctrina de la Iglesia. Este Catecismo tiene, pues, todo lo que es preciso para ser mirado como fiel intérprete de la enseñanza de la Iglesia católica.»

En lo que toca al uso de la Santa Comunion, recuerda en primer lugar la obligacion impuesta á todos los fieles del precepto pascual, es decir, de comulgar por lo menos una vez al año, por Pascua florida, bajo pecado mortal y con amenaza de excomunion. Este es el *minimum,* desde hace siglos, exigido por la Iglesia.

Después, el *Catecismo del Concilio de Trento* recomienda á los sacerdotes procuren hacer comprender bien á los fieles que les es sumamente conveniente acercarse más á menudo á la Sagrada Mesa, y, sin decirlo expresamente, insinúa que la Co-

munion de cada mes es deseable generalmente hablando. En efecto, añade: «¿Será preferible comulgar todos los meses, ó todas las semanas, ó todos los dias? No es posible prescribir á este respecto una regla fija y uniforme para todos; sin embargo, hé aquí una regla muy segura dada por San Agustin: *Vivid de modo que podais comulgar todos los dias.*»

1.° Notadlo bien: en estos tres grados de la Comunion más ó menos frecuente propuestos por el Catecismo del Concilio, la Comunion mensual parece ser indicada como *minimum* bajo el aspecto de la vida y de la piedad cristiana. Este es tambien el pensamiento de San Francisco de Sales cuando dice: «Todos los que tienen algun cuidado de la salvacion de su alma, no deben pasar arriba de un mes sin acercarse á recibir los santos Sacramentos.» En fin, un teólogo grave, muy alabado por el Papa Benito XIV, insiste sobre este pensamiento y dice: «que no hay nadie á quien no se pueda aconsejar útilmente la Comunion de cada mes.»

En efecto, el primer objeto de esta Comunion mensual es la conservacion de la vida de fe en las almas, es la renovacion de la vida cristiana. Aquí no hay lugar á

preocuparse por delicadeza de conciencia; y segun San Ligorio y los teólogos romanos más autorizados, se puede admitir sin temor á esta comunion á una porcion de personas buenas siempre que se presenten con lo estrictamente necesario, es decir, siempre que se arrepientan de sus pecados y prometan sinceramente evitarlos en lo sucesivo cuanto puedan. Con frecuencia encuéntrase mucho bueno en estas almas, que es preciso no dejar sin cultivo.

2.° Observad que el *Catecismo del Concilio de Trento* da á los sacerdotes, y por ellos á los fieles, otra indicacion muy preciosa: se trata de la Comunion de cada semana, *singulis hebdomadis*.

No sin motivo da esta indicacion; y ¿cuál es su objeto sino la excelencia misma de esta regla para un grandísimo numero de fieles, y la práctica muy extendida y toda tradicional en la Iglesia romana, madre y maestra de todas las Iglesias del mundo?

La Comunion de los domingos y fiestas es efectivamente una santa y excelente costumbre, á la cual deberian ser invitados y áun impulsados muchos de los fieles que, sin ser santos por canonizar, son relativamente gentes santas.

Es de ellos de quienes habla el mismo

teólogo, cuando dice que «pocos fieles deben ser privados de ella.» ¡Qué maravillas de santificacion suele producir la práctica regular de la Comunion de los domingos y fiestas allí donde se llega á establecer! Es la inocencia del niño, la pureza y la perseverancia del jóven; es el honor de la doncella, la dicha de la familia y la paz del hogar doméstico; es la resurreccion y la vida cristiana de una parroquia, de una ciudad, de una diócesis; son las buenas costumbres de un colegio, de una casa cualquiera de educacion; es la piedad sólida de un seminario; es, por último, la santificacion de los buenos sacerdotes que aprenden á trabajar bien trabajando mucho.

Sí, pocas almas deben ser privadas de esta saludable Comunion de los domingos y fiestas. Ella reaviva el espíritu de fe y la buena voluntad; ella trae poco á poco el amor de la pureza y el desagrado de todo lo que es malo; ella inicia el alma á la verdadera vida cristiana, á los hábitos de oracion, de piedad, de sumision, de dulzura, de abnegacion; ella mina el respeto humano por su base; en una palabra, cuando se persevera generosamente hace de nosotros, andando el tiempo, cristianos formales.

¡Cuántas almas, cuántos jóvenes he vis-

to transformados por la Comunion de cada semana! ¡Cuántos por ese camino, casi sin esfuerzo, han sido elevados á una vida verdaderamente cristiana, de que no tenian ningun hábito en la vida simplemente honrada que hasta entonces habian llevado! Conocí, en medio de los talleres de París, dos hermanos, ambos por naturaleza buenos y honrados, uno de los cuales parecia un angelito por su inocencia, piedad y buena vida, gracias á esta excelente costumbre de comulgar los domingos; mientras que el otro, tal vez mejor dotado, vivia en un estado de alma lastimoso, sin oracion, sin ningun celo por el servicio de Dios y por su salvacion, sin fe práctica, en una palabra, era una vida puramente natural la que llevaba. Y todo eso porque el hábito funesto de descuidar los Sacramentos lo habia hecho sordo á mis exhortaciones tocante á la Comunion semanal. «No estoy acostumbrado á comulgar tantas veces,» me respondia invariablemente: no tenia otra razon que dar. ¡Oh! ¡á cuántas almas retiene el demonio en el sueño de la indiferencia, por no decir otra cosa, con solo el lazo de esta preocupacion!

Comulga, pues, á menudo, lector mio:

nadie tendrá por ello que decirte nada, pues «si te portas con prudencia, dice San Francisco de Sales, ni padre, ni madre, ni marido, ni mujer, podrán estorbártelo. Y como es de suponer que el dia de la Comunion no dejarás de tener el cuidado que conviene á tu condicion, esto es, que serás más dulce y afable con todos, y que no les negarás nada de lo que debes, no es creíble te quieran apartar de un ejercicio que nada les incomoda, á no ser que tengan un genio sumamente raro y extravagante.»

San Francisco de Sales exhorta vivamente á los fieles á comulgar todas las semanas, pero para ello pone una condicion que no aceptan ni San Ligorio, ni Santo Tomás, ni las escuelas de teología más autorizadas de Roma. El quisiera se privase de ella á los que no determinaran evitar los pecados veniales. Además de que el Santo no habla aquí de los casos muy ordinarios en que la Comunion del domingo es dada á los fieles para preservarlos del pecado mortal durante la semana, y ponerlos en condicion de luchar más ventajosamente contra sus pasiones, es evidente que se aparta en este punto un poco de la doctrina y de la práctica de los otros Santos, directores y confesores más competentes, entre

otros, de San Ligorio, el gran moralista católico de estos últimos tiempos.

Este Santo sostiene y establece que se puede conceder sin temor la Comunion semanal á las personas que, hallándose en estado de gracia, cometen, áun habitualmente, áun voluntariamente, ciertos pecados veniales; que ninguna ley prohibe la Comunion á las almas buenas en el fondo, si bien imperfectas, que no tienen valor para reprimir completamente su inclinacion hácia estos ó aquellos pecados veniales; que esta flaqueza no impide, como lo dice formalmente Santo Tomás, que el Sacramento produzca en estas almas su efecto esencial, cual es el aumento de la gracia santificante; únicamente las priva del efecto secundario del Sacramento, que es «cierta dulzura actual destinada á restaurar el alma.»

El mismo San Ligorio expone en seguida que un pretendido texto de San Agustin, sobre el cual se apoya aquí San Francisco de Sales, no habla del pecado venial, sino del mortal, lo cual cambia totalmente la tesis. Y añade que para la aplicacion práctica de las reglas de la Comunion más ó menos frecuente, cada fiel debe referirse á la decision de su Padre espiritual.

Nuestro deber, como ministros del amor misericordioso de Jesucristo y de su dulce Sacramento consiste, pues, en excitar en las almas las mejores disposiciones posibles, en llevarlas á los brazos de Jesucristo, manteniéndolas allí en medio de sus flaquezas, de sus tentaciones, diré más, de sus caídas; este es el gran medio de volverlas á levantar.

La buena Comunion de los domingos y fiestas es la salvacion de las almas y la resurreccion de las parroquias.

Una palabra más sobre la Comunion semanal. Segun la doctrina de San Alfonso Ligorio, generalmente seguida en Roma, no es ésta la Comunion frecuente, propiamente dicha. Los que piensan de distinta manera no están en el verdadero terreno, porque ésta es cuestion de doctrina y no de usos, y mucho menos de preocupaciones locales; y tratándose de doctrina es á Roma, es á la Iglesia, nuestra madre, á la que es preciso recurrir para ver con claridad y justicia.

La Comunion frecuente es aquella que se hace varias veces en la semana sin previa confesion. Se puede, se debe conceder y áun aconsejarla á las almas fieles que, aunque débiles é imperfectas, llevan una

vida verdaderamente cristiana, tienen un deseo grande de amar á Dios, de encomendarse á El dignamente, de servirle; consagran gustosos cada dia algun tiempo á la oracion, segun la medida de sus fuerzas, y no cometen con frecuencia faltas deliberadamente.

Pero la Comunion por excelencia, el ideal de la Comunion, segun la doctrina segurísima del *Catecismo del Concilio de Trento*, es la Comunion diaria, de la que nos resta que decir algunas palabras por amor de Nuestro Señor y de su adorable Sacramento.

De la Comunion diaria.

¡Cosa admirable! es sobre «la Comunion diaria, *singulis diebus,*» que el *Catecismo del Concilio* insiste más. Veamos lo que de ella dice, pesemos cada palabra, y no olvidemos que es ésta la enseñanza de la Santa Sede y de la Iglesia. «Hé aquí, dice, una regla segurísima dada por San Agustin: *Vivid de tal suerte que podais comulgar todos los dias*. Será, pues, obligacion de los señores Curas exhortar frecuentemente á los fieles que no descuiden alimentar y

fortalecer todos los dias sus almas con este Sacramento, segun el mismo principio que les hace mirar como indispensable el cuidado de alimentar su cuerpo cada dia.»

El voto formal, explícito, de la Iglesia católica, y por consiguiente de Nuestro Señor, es que llevemos una vida tan buena, tan cristiana, que podamos comulgar cada mañana, y santificar así el dia por la union constantemente renovada de nuestra alma con Jesucristo.

Esta es «una regla segurísima,» y por consiguiente, los que la critican atacan á la sabiduría divina é infalible de la Iglesia.

Y no solamente se puede, sino que se debe dar á los fieles esta enseñanza saludable, y no otra. Los sacerdotes que tienen cura de almas, es decir, los párrocos y confesores, los predicadores y catequistas, deben exhortar muchas veces á los fieles á la Comunion frecuente y frecuentísima. Y por medio de una comparacion muy exacta, el *Catecismo del Concilio* señala el principal efecto de esta Comunion diaria, á saber: el sustento de la vida de la gracia en las almas, añadiendo que para ellas es esa una necesidad, una necesidad tan real como la del alimento para el cuerpo. Sobre lo cual harémos observar que la ciencia

médica declara que todo hombre con buena salud, esto es, en su estado normal, debe comer por lo menos una vez al dia; y que, generalmente hablando, se expondria uno al peligro de morir si dejase pasar ocho dias enteros sin tomar alimento. De ahí ¿por qué extrañarse que la Iglesia aplique esta regla de la vida y sustento del cuerpo á la vida y mantenimiento del alma, sobre todo cuando se piensa que, en los designios de Dios, la vida del uno es el símbolo de la vida del otro?

Y á fin de excitar, si cabe todavía más, á los sacerdotes para que enseñen y á los fieles para que practiquen esta doctrina santificadora, el *Catecismo del Concilio* hace resaltar «las inmensas y divinas ventajas que sacamos de la Comunion sacramental,» acerca de las cuales, dice, «será de la más grande importancia insistir.» Así desde los funestos estragos del jansenismo, lejos de insistir sobre estas ventajas, lejos de inducir á las almas buenas á que reciban muchas veces y áun todos los dias la Sacratísima Comunion, sólo se insiste en las disposiciones que se requieren para la Comunion en general, y especialmente para la frecuente. Y las más de las veces se les exagera tanto, que con ello se desaniman

los buenos fieles, en lugar de atraerlos como lo desea la Santa Iglesia.

«Es preciso recordar tambien, prosigue el mismo *Catecismo,* que en otro tiempo el pueblo de Dios estaba obligado en el desierto á sustentarse todos los dias del maná, figura de la Eucaristía.» Para el antiguo pueblo de Dios, la recepcion cotidiana del Pan bajado del cielo era obligatoria; para el pueblo de la nueva Alianza, es decir, para nosotros, la recepcion diaria del «Pan vivo bajado del cielo,» del Maná eucarístico, no ha sido de obligacion, ó á lo menos de uso general, sino en los primeros tres ó cuatro siglos; y si en los siglos posteriores ha sido modificada la disciplina de la Iglesia por consecuencia de la tibieza de los tiempos, su espíritu ha sido siempre el mismo; no ha cambiado el amor de Nuestro Señor Jesucristo para la santificacion de los hombres. Hoy como antes, como siempre, la Iglesia desearia, como lo dice con todas sus letras el Concilio de Trento, «que todos los fieles asistentes á la Misa comulgasen, no sólo espiritual sino sacramentalmente, á fin de recoger en más abundancia los frutos de este santísimo Sacrificio.» En otros términos: Ella desearia que todos pudieran comulgar diariamente.

Por último, la Iglesia, al exhortar á los pastores de las almas que exciten á los fieles á la frecuencia de la Comunion, declara que esa es una doctrina tradicional y universal, y por lo tanto una doctrina absolutamente católica, que no sólo se propone, sino que se impone á la enseñanza de los sacerdotes y al respeto práctico de todos los fieles. Hé aquí sus importantes palabras: «Los Curas no olvidarán citar las autoridade los Santos Padres que recomiendan con instancia la frecuente Comunion, porque no sólo San Agustin ha dado esta regla: *Pecais todos los dias, comulgad, pues, todos los dias;* sino que si se examina la cosa con cuidado, fácilmente se reconocerá que tal ha sido el sentimiento de todos los Padres que han tratado esta cuestion.»

Ante esta enseñanza tan formal y á la vez tan consoladora de la Santa Sede y del Concilio de Trento, sólo una cosa queda por hacer: ponerla en práctica en la medida de lo posible. Tienen deber de hacerlo los sacerdotes y los fieles, los pastores y sus ovejas.

Aplicaciones prácticas.

En cuanto á la Comunion mensual, la cosa no ofrece dificultad: un poco de celo de una parte y un poco de buena voluntad de la otra; de este modo el deseo de la Iglesia será satisfecho quizás más pronto de lo que se piensa.

Por lo que toca á la Comunion semanal, la cosa es evidentemente menos fácil por mil razones, entre otras la costumbre contraria y los que se dicen usos en vigor en la familia, en la parroquia, en el país, etc., cuyos usos no son sino abusos, abusos deplorables. A esto se añade el temor de tener por necesidad que velar más y más sobre su conducta, conversaciones y cumplimiento de sus deberes; algun respeto humano y miedo de singularizarse; la falta de ánimo con motivo de algunas flaquezas, y tambien después de haber recaído en unos mismos pecados de que ya se creía uno estar libre para siempre; y, por encima de todo, la ligereza de los unos, el ejemplo de los otros, y en fin las astucias del demonio, que teme tanto la Comunion frecuente. Sin embargo, con perseverancia

todo se logra, pero es preciso tiempo, y en ocasiones mucho tiempo. El amor de Nuestro Señor Jesucristo hará lo soportemos todo.

Por último, la Comunion frecuente propiamente dicha, y en especial la cotidiana, son todavía más difíciles de realizar. «Es preciso llevar á ella, dice Santo Tomás, una devocion y reverencia grandes.» Pero seria error grande creer que se necesita de heroísmo para conseguirlo: basta simplemente una buena voluntad.

Hé aquí una prueba tan conmovedora como original. Hace algunos años que en una reunion de caridad que tuvo lugar en el presbiterio de San Lorenzo de París, compuesta de cierto número de militares, el valiente general B... referia lo siguiente: «Siendo coronel y hallándome de guarnicion en Montpeller, fuí un dia invitado con mi mujer á ir á comer en la casa del señor Obispo. Después de la comida trabé conversacion con él, y le dije que no habia hecho mi primera Comunion. El digno Prelado se encargó de que se me diera la instruccion necesaria, y al efecto ofrecióme que la Comunion tendria lugar en su oratorio privado. Aquel dia tomé la resolucion de comulgar todos los dias de mi vida, y

jamás he faltado á ella, gracias á Dios. Atribuyo á mis comuniones el feliz éxito que Dios me da en las obras buenas que emprendo. Quisiera poder descubrir mi secreto á todo el mundo, para que los demás hiciesen lo mismo que yo. Y, añadió, ¿qué se necesita para eso? Hallarse en estado de gracia. Pero ¿no es conveniente *vivir* en estado de gracia? Y si por casualidad ha cometido uno alguna falta, ¿no está ahí el tribunal de la Penitencia? Para eso fué establecido. Es error grande creer que se hace mejor una cosa porque se hace raras veces. Una comunion prepara á otra.» Mientras que así se expresaba el general, un coronel retirado dijo al oído de su vecino: «No es sólo el general el que hace lo que dice: yo hago lo mismo cada mañana.

«—En este caso, contesta el vecino, somos tres; pues yo hago lo mismo y espero que el número se aumentará.»

Nó, no es necesario heroísmo á una alma recta y fiel para comulgar digna y útilmente todos los dias. De parte del Padre espiritual es necesario mucho amor y celo, y tambien mucha paciencia; y de parte de las almas que aspiran á ese favor inmenso, una generosidad enérgica, amor á la oracion, una atencion habitual á la presencia

de Dios, una aspiracion muy sincera á la pureza grande de vida, y la detestacion de las menores faltas voluntarias: disposiciones todas excelentes sin duda, pero que todavía se encuentran en muchas almas buenas, fieles á la gracia de Dios y acostumbradas ya á la vida piadosa. Ciertamente habrá un número grande de ellas en las Comunidades, en los noviciados, en los seminarios, y tambien entre las personas piadosas que viven en el mundo, áun entre los casados. «En la antigua Iglesia, escribia San Francisco de Sales á dos señoras del mundo, los casados comulgaban todos los dias. Esto sea dicho una vez por todas, y básteos saber que es la pura verdad.»

«La comun manera de sentir de los Doctores, dice el P. Granada citado por San Ligorio, es que debe preferirse comulgar cada mañana por amor, antes que abstenerse por respeto.» Santo Tomás es del mismo parecer cuando dice: «Se honra igualmente al Santísimo Sacramento recibiéndolo todos los dias, que absteniéndose de él algunas veces. Sin embargo, el amor y la confianza, que no cesa de recomendarnos la Sagrada Escritura, son preferibles al temor.» En efecto, entre el piadoso fiel que comulga diariamente por un sentimiento de amor,

y el que á veces se abstiene por un sentimiento de respeto, hay la diferencia de que mientras que el primero honra á Nuestro Señor de una manera positiva, el otro le honra de una manera negativa.

Y luego, en la práctica de la piedad, y especialmente en la práctica de la Comunion, olvídase demasiado que Nuestro Señor nos recomienda á todos que vivamos al dia, esto es, que vivamos dispuestos á morir cada dia. San Carlos Borromeo tenia costumbre de mirar cada dia que Dios le concedia como una pequeña vida, comenzando cada mañana, acabando cada tarde; que cada dia era iluminada por la oracion y por el cuidado de la presencia de Dios, alimentada por la Comunion, santificada por la oracion, enriquecida por las buenas obras, purificada por las mortificaciones. Nada hay tan santificante, tan práctico ni tan sencillo como esta manera de considerar la vida cristiana; nada que haga comprender mejor el por qué de la comunion cotidiana propuesta por el Concilio de Trento á todos los fieles como el ideal y la regla más perfecta de la Comunion.

Desde entonces, la Comunion es para nosotros el sol bienhechor de cada una de nuestras jornadas. Como el sol se levanta

cada mañana é ilumina, calienta, fecunda y alegra todas las cosas mientras dura el dia; así por la Sagrada Comunion, Jesús, verdadero sol de santidad y de amor, se levanta cada mañana en el cielo puro de nuestra alma inundando nuestro espíritu con su divina luz, abrasando nuestro corazon con el fuego de su santo amor, penetrando para fecundarlos y santificarlos, todos nuestros pensamientos, todos nuestros votos, todos nuestros deseos, todas nuestras aspiraciones, todas nuestras obras, y dando por eso mismo un mérito incomparable á nuestros goces como á nuestros sufrimientos.

Créeme, amigo lector; si tu Padre espiritual lo consiente, ponte en disposicion de comulgar diariamente: es el cielo sobre la tierra. Comulga humildemente y piadosamente cada dia. A los que quisieran censurarte, diles simplemente: «Comulgo todos los dias para aprovecharme en cada uno de ellos de la gracia de la Sagrada Comunion; por la vida de mi alma como por la del cuerpo me sustento cada dia por si fuera el último de mi existencia; comulgo hoy á fin de tener fuerzas para soportar santamente mis cruces de hoy, mis penas y pruebas de hoy; comulgo hoy para vivir

hoy unido más perfectamente á Nuestro Señor, y para servirlo con más amor. Si todavía viviera mañana comulgaria tambien con las mismas intenciones, y así seguiré haciéndolo, si Dios quiere, hasta el último dia de mi vida. Esta es la vida real. No se trata de servir y amar á Dios en lo de adelante, sino ahora; es hoy, y no mañana.»

El cargo aquí del Padre espiritual es preponderante. Si á la luz de las enseñanzas que acabamos de sacar del *Catecismo del Concilio de Trento* sigue de cerca á las mejores almas que Dios confia á su celo; si estudia *con amor y misericordia* sus necesidades primero, y después sus atractivos espirituales, hará á este respecto muy preciosos descubrimientos, que serán el consuelo del Corazon de Jesús en la Eucaristía, su alegría misma, ó como decia en otro tiempo San Pablo, «su alegría y su corona.» No olvidemos que si queremos ser del número de estos fieles y prudentes servidores que bendice el Evangelio, debemos tender incesantemente, en la direccion de las almas piadosas, hácia la Comunion frecuentísima, hácia la Comunion diaria, como divino ideal que nos propone aquí la sabiduría sobrenatural de la Iglesia nuestra Madre.

¡Felices los sacerdotes que, no pretendiendo tener más inteligencia que el Espíritu Santo, se consideran dichosos de dar á las almas la medida *perfecta* del Pan de los elegidos! Y ¡bienaventuradas las almas fieles que, abandonándose á una direccion tan católica, tan pura, tan santa, progresan así con paso firme en el camino de la perfeccion cristiana!

De los frutos excelentes de la Comunion santa y frecuente.

Son innumerables. Sólo harémos aquí mencion de tres que nos parecen de una importancia más general y práctica.

1. El primero, del que ya hemos dicho algo, es la conservacion de la inocencia, y la victoria más ó menos completa en las terribles luchas de la pureza. Es este un asunto de experiencia diaria y profunda: la Santa Comunion es el secreto del triunfo sobre las malas pasiones, en todas las edades, en todas las condiciones, y más aún en la juventud. Todos los confesores celosos que aplican como conviene con misericordia, perseverancia y firmeza las verdaderas reglas de la dispensacion de los

Sacramentos, segun las expone el Concilio de Trento, y segun las aplica la Iglesia romana, estarán de acuerdo en confesar aquí que la Eucaristía es para las almas la grande, la inagotable fuente de la castidad, de la castidad conservada y de la castidad que se ha recuperado.

El apóstol de la frecuente Comunion y del antijansenismo, San Alfonso Ligorio, cita un ejemplo muy notable. «Un jóven, dice, estaba tan habituado á un grave pecado sensual, que desesperaba poderse corregir de él. Preguntóle el confesor si habia caído en él los dias que habia comulgado, y como su respuesta fuera negativa, le hizo comulgar diariamente durante varias semanas, por cuyo medio lo vió enteramente libre de su vicio.»

El confesor por excelencia, San Felipe Neri, presumió todavía más acerca del poder de la Sagrada Eucaristía, y gracia que comunica á los que la reciben dignamente. ¿Quién no conoce la conmovedora á la vez que consoladora historia de aquel jóven romano, al que creyó no solamente poder, sino deber, por espacio de trece dias seguidos, absorverle de una recaída diaria, y no sólo esto, sino hacerle comulgar cada mañana? La santa misericordia del confe-

sor, unida á la humilde y buena voluntad del penitente, acabó por triunfar del demonio de la impureza, obteniendo una definitiva victoria á los catorce dias. Arrancado para siempre al mal por el remedio cotidiano, luego hizo este jóven rápidos progresos en la perfeccion, y fué, al cabo de algunos años, uno de los discípulos más fervorosos del «buen Padre Felipe,» como solian llamar al Santo.

Entremos en el espíritu de estos grandes Siervos de Dios; unamos como ellos, en la medida de lo posible, la santidad á la misericordia, la misericordia á la santidad; no desesperemos jamás de aquellas almas que tienen más de débiles que de viciosas, y aguardémoslo todo de la accion sobrenatural de la Santa Eucaristía y de nuestra humilde y enérgica perseverancia. No se cree bastante en la gracia del Sacramento.

2. El segundo fruto de la Comunion santa y frecuente es todavía más excelente. Es el aumento de nuestra piedad y de nuestro amor hácia Nuestro Señor Jesucristo. Amar á Dios, amar á Jesús, es toda la Religion, es el resúmen de la perfeccion y de la santidad, es la salvacion, es lo único necesario. Pero ¿qué es comulgar? Es unirse todo á Jesús; es unirse, en el acto

supremo del amor, al Dios de amor por el Sacramento de amor. Es sumergirse, por decirlo así, en el océano de amor divino, en las llamas devoradoras y beatificantes del Corazon de Jesús. ¿Cómo, pues, una alma fiel á la Comunion diaria, ó por lo menos, á la Comunion frecuente y frecuentísima, no acabaria por abrasarse toda en este fuego de amor?

De ahí tambien resultará una union habitual cada vez más íntima con Jesús, y una facilidad cada vez más grande para guardar pacífica, dulce, pero fuertemente en el fondo del corazon, el sentimiento santificador de esta union, y el cuidado constante de estar en la presencia amorosa del Señor.

Por eso de la Comunion santa y frecuente brotan naturalmente en las almas las aguas de regeneracion y de vida eterna, las gracias exquisitas de la vida interior y de todas las virtudes de Jesucristo, que, participadas por sus siervos, forman los Santos, los grandes Santos.

3. Por último, en esta misma fuente de la santa y frecuente Comunion, las almas predestinadas á la vocacion religiosa ó sacerdotal beben gracias especiales, sin las cuales el gérmen de su vocacion se

secaria infaliblemente. La vocacion es como un lirio, cuya raiz está plantada en el fondo de una alma por la amorosa y eterna predestinacion de Dios, y que debe desarrollarse, crecer y fortalecerse echando primero el tallo, después las hojas, y luego sus lindas flores. Es preciso que esta raíz, este gérmen precioso, sea regado con cuidado y perseverancia, so pena de que se seque pronto y muera. El cultivo del hermoso lirio de la vocacion es la direccion espiritual dada por el sacerdote á las almas jóvenes, en las cuales se ve despuntar el gérmen; el abono y el riego son las piadosas comuniones, mediante las cuales el jardinero, esto es, el Padre espiritual, da incesantemente á la amada plantecilla lo que necesita para alimentar su vigor y para lograr su completo desarrollo.

Tambien se puede decir que la Comunion frecuentísima, la Comunion de cada dia, en ninguna parte debe estar tan en práctica como en aquellas santas casas donde crecen y se preparan las vocaciones religiosas y las eclesiásticas. Aquí tambien, como lo hacíamos notar más arriba, la accion del Padre espiritual adquiere una importancia soberana.

¡ Cuántas cosas más habria que decir to-

davía sobre esta materia inagotable, la más importante de todas, la más consoladora, la más santificante y á la vez la más dulce y suave! «¿No enseña la fe católica, decia un dia Nuestro Señor Jesucristo á su fiel esposa Santa Gertrudis, que el que comulga, aunque no sea más que una vez, me recibe para su salvacion con todos los bienes que se contienen á la vez en los tesoros de mi divinidad y de mi humanidad? De ahí que cuanto más se comulga más se acrecienta y se eleva cualquiera al colmo de la bienaventuranza.—¡Oh dulzura de mi alma! le dijo entonces Gertrudis; me juzgo tan indigna de recibir el Sacramento de vuestro Cuerpo y de vuestra Sangre, que me abstendria hoy de él si pudiera hallar fuera de Vos consuelo y alivio; pero como sólo Vos sois el refrigerio de mi alma y de mi cuerpo, héme aquí llena de ardor acudiendo por la sed de mis deseos á Vos, que sois la Fuente de agua viva.» Y recibió con tanto amor como humildad al Dios de su corazon.

Hagamos nosotros lo mismo, y vayamos sin temor á nuestro Salvador, que es el único que tiene el secreto de guardar las almas para la vida eterna.

¡Oh Sacramento de amor! haced que

cada dia os adore más, que os ame con todas las potencias de mi alma, y que os reciba todos los dias de mi vida tan santamente, que mi pobre corazon sea para Vos un lugar de descanso y delicias en medio de tantos hombres como os abandonan; y por el amor de la Santa Eucaristía os ruego os digneis purificar y santificar á vuestro pobre pecador.

Tal es mi tercera rosa, mi tercera flor de amor, bella é inmaculada como las dos primeras: la rosa del amor al Santísimo Sacramento.

Su perfume es el amor de Dios, es la santa caridad, inseparable en este mundo del espíritu de sacrificio. Unida á la rosa de la fe y de la humildad, á la rosa de la esperanza y de la pureza, ella completa el delicioso perfume de los elegidos.

En los tiempos tan peligrosos que corremos, este triple perfume es tanto más necesario á la salvacion de los fieles, cuanto más se espesan en derredor nuestro los pestíferos miasmas de la incredulidad y de la impiedad revolucionarias.

Te la ofrezco, querido lector, de parte del mismo Jesús, repitiéndote sus palabras:

«¡Oh si supieses el don de Dios!» *Si scires donum Dei!* El Vicario de Jesucristo es ya un don divino que no tiene comparacion; la Madre de Jesucristo, la Santísima y dulcísima Vírgen María, es un don todavía más maravilloso; pero el Cuerpo de Jesucristo, el mismo Jesucristo presente por nosotros en el Santo Sacramento del altar, ¡oh! hé aquí el don por excelencia, el don que sobrepuja á todo, y que sólo Dios, por el poder infinito de su misericordia y de su amor, ha podido concebir y realizar!

¡Que el celestial perfume de esta tercera rosa, unido al perfume de las otras dos, penetre y embalsame para siempre todas las potencias de nuestra alma! Si en el momento de nuestra muerte podemos presentar al Señor una vida bien embalsamada de amor por el Santo Padre, por la Santa Vírgen y por el Santísimo Sacramento, ¡oh! ¡qué hermoso lugar nos designará en su paraíso! Allí, en medio de nuestros hermanos los elegidos, nuestras tres lindas rosas resplandecerán por toda la eternidad sobre nuestras cabezas, como la triple corona de la fe, de la esperanza y del amor!

En la fiesta de la Inmaculada Concepcion,
Diciembre de 1878.

A. M. D. G.

INDICE.

PÁGS.

Págs.

OBRAS DE MONS. DE SEGUR.

Al soldado en tiempo de guerra.—El autor habla al soldado de sus deberes, exhortándolo al leal cumplimiento de sus obligaciones.—En 16.°, 5 cénts.

Avisos y consejos á los aprendices.—El aprendizaje del oficio y el de la vida.—En 16.°, 20 cénts.

Cada ocho dias.—Exhortacion á los fieles á la Comunion semanal.—En 8.°, 18 cénts.

Cartas de Mons. de Segur de 1854 á 1881, publicadas con una introduccion y notas por el Marqués de Segur.—En 8.°, 1'25 ptas. rústica, y 2 pasta.

Clero y nobleza.—El autor desenmascara á los que fingen ser amigos del pueblo para explotarle. —En 8.°, 18 cénts.

Consejos prácticos sobre las tentaciones y el pecado.—Recomendamos este librito á los padres, instructores de primera Comunion, superiores de colegios y confesores.—En 16.°, 25 cénts.

Consuelos á los que sufren.—Cuantas amarguras puede ofrecer la vida hallan un lenitivo en la lectura de estas páginas.—En 8.°, 75 cénts. en rústica, y 1'50 ptas. en pasta.

Contestaciones breves y sencillas á las objeciones más extendidas contra la Religion.—En 8.°, 75 cénts. en rústica, y 1'50 ptas. en pasta.

Conversaciones sobre el protestantismo actual.—Muchas son las familias que con la lectura de esta obra se han robustecido en la fe.—En 8.°, 75 cénts. en rústica, y 1'50 ptas. en pasta.

El buen combate de la fe.—Estima en que debe tenerse el dón de la fe.—En 8.°, 25 cénts.

El Dinero de San Pedro.—Librito para ayudar á los católicos celosos en dar á conocer la Obra del *Dinero de San Pedro.*—En 16.°, 5 cénts.

El infierno: *si le hay, qué es, modo de evitarlo.* —En 8.°, 50 cénts. en rústica, y 1 pta. en tela.

El Matrimonio.—Además de explicar la doctrina de la Iglesia sobre este Sacramento, ofrece á los que deseen cristianamente casarse las más apropiadas instrucciones para conducirse bien y acertar en tan delicado paso.—En 8.°, 10 cénts.

El Niño Jesús.—Es uno de los libritos más propios para aguinaldo de Pascuas, regalo de Reyes, premios de colegio y otros objetos análogos.—En 16.°, 15 cénts. en rústica, y 50 en percalina.

El obrero cristiano. Breves consejos para los jóvenes.—Dos tomos en 8.°, 1'50 ptas. en rústica, y encuadernados en un volúmen en pasta, 2'25.

El precepto pascual.—Eficaz llamamiento á los morosos y distraídos.—En 16.°, 5 cénts.

El Sagrado Corazon de Jesús.—Es el mejor tratado popular del culto del Sagrado Corazon.—En 8.°, 75 cénts. en rústica, y 1'25 ptas. en percalina.

Grandes verdades.—El alma racional, la existencia de Dios, la verdad de la Religion, Jesucristo Dios y hombre, obediencia debida al Papa y á los Obispos, etc., etc.—En 8.°, 9 cénts.

¿Hay un Dios que se ocupe de nosotros?—Demostracion de la existencia de Dios y su amorosa providencia.—En 8.°, 5 cénts.

Josefina, ó una Santita de nueve años. Muy recomendable para premio á las niñas.—25 cénts. en rústica, y 63 en tela.

La Confesion.—Está en forma de respuestas á las objeciones más comunes contra el uso de este Sacramento.—En 16.° mayor, 25 cénts.

La Confesion y Comunion al alcance de los niños.—Es como el libro de texto para prepararse á la primera Comunion.—En 16.°, 23 céntimos, y 50 en percalina.

La divinidad de Jesucristo.—Demostrada por los Santos Evangelios y al alcance de los entendimientos más vulgares.—En 8.°, 20 cénts.

La fe ante la ciencia moderna.—Solucion de interesantes cuestiones en las que se presentan comunmente los adelantos de la ciencia como opuestos á la fe.—En 8.° 38 cénts.; en tela, 88.

Las escuelas laicas.—Obrita de oportunidad en que se desenmascara á los partidarios de las mismas.—En 8.°, 20 cénts.

La Iglesia.—Intimo enlace que hay entre la Religion y la Iglesia, la supremacía é infabilidad del Papa.—En 8.°, 10 cénts.

La libertad. Segunda edicion.—Esta obra es un preservativo contra la epidemia liberal.—En 8.°, 1 pta. en rústica, y 1'75 en pasta.

Las maravillas de Lourdes.—Relacion minuciosa de uno de los hechos más grandes que registra la historia contemporánea.—En 8.°, 75 cénts. en rústica, y 1'50 ptas. en pasta.

La Misa.—Nada deja sin explicacion el autor, desde lo más remontado de la teología católica hasta lo más minucioso de las ceremonias y de los ornamentos.—En 8.°, 38 cénts. en rústica, y 88 en tela.

Las objeciones populares contra la Encíclica.—Refutacion de los errores que los impíos han propalado contra las doctrinas defendidas por Pio IX en su Encíclica de 1864.—En 8.°, 8 cénts.

La oracion.—En esta obrita se encontrará cómo pueden hacer oracion y cómo deben hacerla hasta los niños.—En 8.°, 25 cénts. en rústica, y 63 en tela.

La Pasion de Nuestro Señor Jesucristo.—Sencillo relato de la Pasion del Salvador, con algunos sentidísimos comentarios.—En 16.°, 13 cénts.

La piedad y las virtudes cristianas.—Muestra en toda su sencillez y belleza la piedad cristiana.—En 16.°, 33 cénts. en rústica, y 75 en tela.

La piedad y la vida interior.—Se han publicado dos tratados: I, *Nociones fundamentales,* á 20 cénts.; II, *La abnegacion,* á 38 cénts. El primer cuaderno está agotado.

La presencia real de Jesucristo en el Santísimo Sacramento del altar.—En 8.°, 44 cénts. en rústica, y 1 peseta en tela.

La Religion al alcance de los niños.—Exposicion de la Religion cristiana.—En 16.°, 20 cénts. en rústica, y 50 en tela.

La Revolucion.—Su orígen, su historia y su maldad.—En 8.°, 38 cénts.

La Sagrada Comunion.—Este librito inflama en deseos de recibir con frecuencia la Sagrada Comunion.—En 8.°, 20 cénts.

La secta católico-liberal.—En este librito se resuelve la cuestion más debatida en los tiempos modernos.—En 8.°, 38 cénts.

La Tercera Orden de San Francisco de Asis. —Su institucion, sus rápidos progresos, sus glorias, su espíritu, etc., etc.—En 8.°, 15 cénts.

La Vírgen Santísima en el Antiguo y Nuevo Testamento, *ó sea lecturas piadosas para el Mes de María.* Continuadas por el Rdo. Dr. D. F. de P. Ribas y Servet, Pbro.—Sumamente útil á los predicadores de la divina palabra.—Tres tomos en 8.°, 2'88 ptas. en rústica, y 4'25 en dos volúmenes en pasta.

Los enemigos de los Curas. *Lo qué son, lo qué dicen.*—El autor pone al descubierto los secretos móviles de los clerófobos.—En 8.°, 15 cénts.

Los Fracmasones: *Lo que son: lo que quieren lo que hacen.*—En 8.°, 50 cénts. en rústica, y 1 peseta en tela.

Los Santos Misterios.—Explicacion de las ceremonias de la Misa.—En 8.°, 63 cénts. en rústica, y 1'12 ptas. en percalina.

Los voluntarios de la oracion.—Breve opusculito destinado á promover una piadosa asociacion. —A 1'50 ptas. el ciento.

Mi madre.—Interesante biografía de la madre del esclarecido propagandista.—En 8.°, 25 cénts.

Reclinatorio para la visita al Santísimo Sacramento. Van al final varias oraciones para la Misa, Confesion y Comunion.—En 16.°, 63 cénts. en rústica, y 1 peseta en percalina.

Venid todos á Mí.—Tiene por objeto promover la santa costumbre de la visita diaria al Señor Sacramentado.—En 16.°, 13 cénts.

¡Viva el Rey!—Folleto que mereció la expresa aprobacion de Pio IX.—En 8.°, 20 cénts.

Por cada diez se dan dos gratis en rústica, y uno si son encuadernados.

Dirigirse á D. Miguel Casals, Pino, 5, Barcelona.


ECA DE CATALUNYA
BARCELONA

